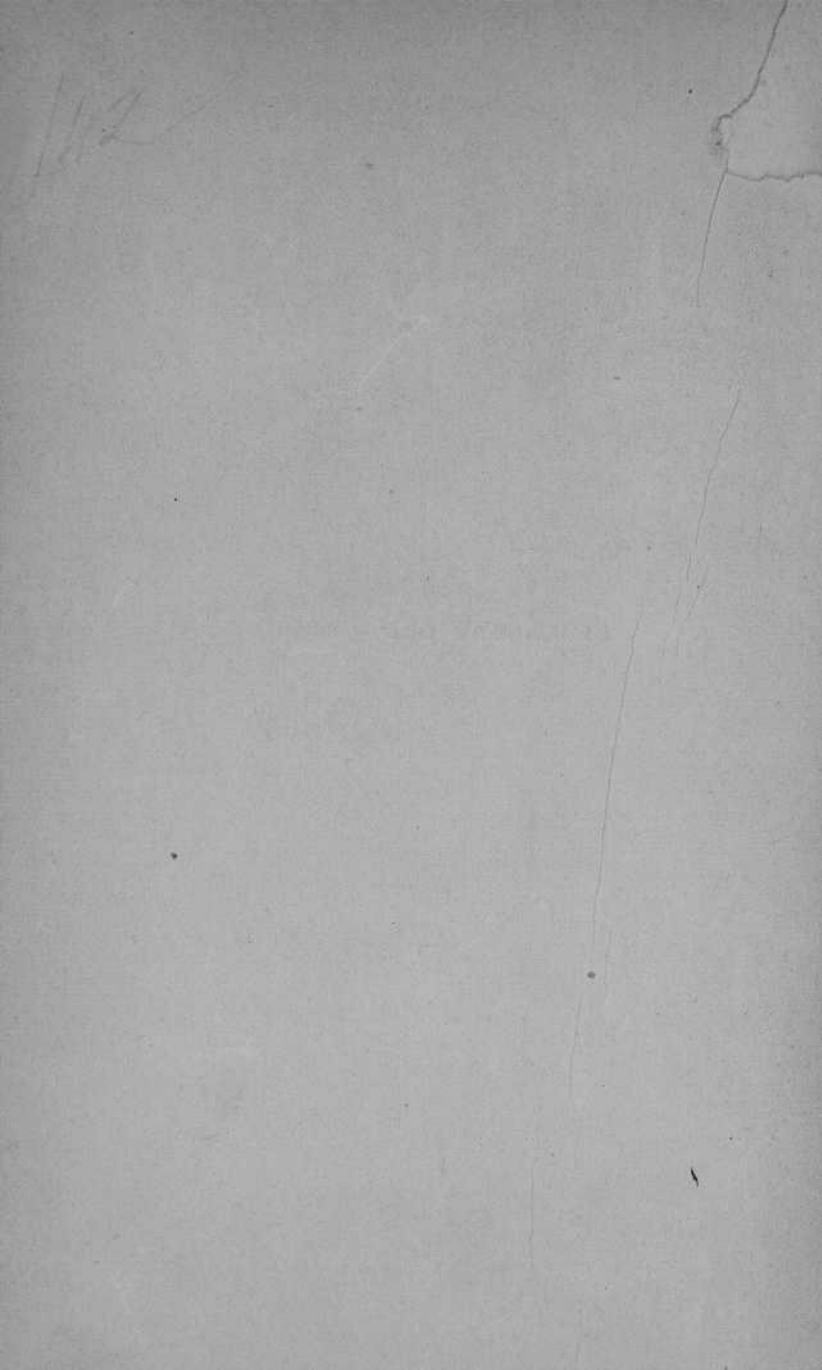


DOLL
A

0.1151231

7.115906



EL CANTAR DEL ROMERO



EL CANTAR
DEL ROMERO

LEYENDA EN VERSO

POR

D. JOSÉ ZORRILLA



BARCELONA

ADMINISTRACIÓN

SOCIEDAD DE CRÉDITO INTELECTUAL

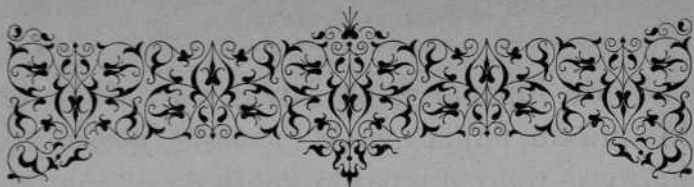
1886



R. 92497

Esta obra es propiedad de su autor, cuyos derechos representa la *Sociedad de Crédito Intelectual*.

Queda hecho el depósito que marca la ley.





EL 27 de Setiembre de 1882, harto de andar en Madrid tras de mi todavía no acordada y prometida pensión; harto de zarzuelas sin música y sin poesía, de toros muertos á volapié después de diez pases de pecho, diez de telón, diez arrastrados y diez y siete incalificables, por celebridades taurómacas, para quienes fueron niños de teta desde Romero y Costillares hasta Montes y el Chiclanero; harto de los berridos de gañotillo, los me-

neos de lupanar y los salvajes pataleos de lo que se llama *cante y baile flamenco*; harto de todo el gárrulo ruido de discursos, y guitarreos y del ardillesco movimiento y bárbaro tecnicismo de lo chulo que hoy priva, y harto en fin de timadores, espadistas y rateros sueltos, todo lo cual compone la espuma del vicio tolerado por la justicia y mimado y celebrado y caído en gracia por los que creen que la gracia constituye la base del carácter de nuestro pueblo y que los españoles somos el más gracioso del universo, me acordé de una invitación que de tiempo atrás me tenía hecha mi amigo Manuel Madrid, de ir á pasar unas semanas en su casa solariega de Asturias, me salí de Madrid sin decir esta boca es mía, y del tren de santander descendí en Torrelavega, donde atrapé la vetusta diligencia de Santander á Oviedo, y en el pescante de tan desvencijado vehículo dí conmigo en Vidiago; lugarejo que por mitad divide el camino real pocos kilometros antes de cruzar á Llanes.

En Vidiago tenía mi amigo su casa; y

desde el primer día de mi estancia en ella, comenzó á gustarme la pintoresca situación del pueblecito de Vidiago, entre las montañas y el mar, cuyo móvil y azulado lomo, cuya espuma y cuyo rumor se percibían desde los balcones de mi aposento. En cuanto el tiempo nos lo permitió, comenzó mi amigo á darme el placer de enseñarme su tierra, y yo á encantarme recorriendo aquellos montes cuajados de seculares encinas y robustísimos castaños, aquellos maizales sonoros, tendidos como tapices en las hondonadas de los valles, aquellas rocas escarpadas y cortadas á pico sobre aquel mar rara vez en calma, y aquellos horizontes rematados por un lado en el círculo del agua y por el otro en apilados montes cuyas espaldas parece que guarden los embreñados *Picos de Europa*. Desde lo alto de aquellos derrumbaderos, veíamos el puertecito en miniatura de Llanes, patria y solar de los Posada Herrera, los peñascos de Covadonga, las avanzadas rocas que resguardan la regenerada Comillas, hoy viuda de su opulento regenerador, y hasta la punta en que

se destaca el faro de Santander sobre el gigantesco mogote de Santoña, envuelta en la bruma, último término de tan inmenso cuadro.

Allí respiré á pleno pulmón, un aire vivificador, perfumado con el olor de las agrias manzanas, los acres nogales y los frescos castaños, y cargado de las salinas emanaciones del mar. Comenzó mi amigo á mostrarme los fenómenos geológicos de aquellos peñascos cuajados con hierro y carbón de piedra, aquellos páramos de riquísimos pastos, y aquellos pueblecillos metidos entre árboles, cuyas casas blancas diseminadas sin orden entre su verdura parecen desde lejos palomas anidadas y corderos recostados entre la yerba. Aquella paz tranquila de la campesina vida, sin robos y sin quimeras, aquel continuo y pausado paso de las carretas chirrionas de ruedas sin rayos, aquellos cantares melancólicos de los pastores y las labradoras que limpian los mazorcales y recogen las mazorcas, aquellas frescas y rollizas muchachas, coloradas como las manzanas de sus pomares, aquellos vie

jos con sus monteras de pico y con sus ruidosas almadreñas, aquella gente franca y cordial que me saludaba sonriendo, sin asombrarse de mi legendaria perilla ni de mi facha tan diferente de su pintoresco traje, me trajo más de una vez á los ojos lágrimas de envidia á su vida pacífica y patriarcal.

Poco á poco fuí sondando aquella capa de poesía y al apercibirme de la realidad que bajo de ella fermentaba, lamenté que el error, la preocupación y la rutinaria costumbre les impidieran convertir su pintoresca tierruca en el más rico paraíso. Si el progreso y el confort modernos hiciesen de Asturias una Suiza española, y aquellos sombríos y opulentos hijos de Albion pudieran, como lo desean, venir á ella como vienen sus barcos á sus puertos seguros de hallar albergue cómodo, sería aquella una deliciosa gira de veraneo; y allí se quedarán tal vez y á la larga, á pesar de la moda y de la ruleta los centenes españoles que se quedan en Biarritz y en Spa en compañía de las inglesas esterlinas.

Pero dos manías tiene aquella buena gente que contribuyen á su pobreza y despo-
blación. Una es la de ser cosecheros de un
maiz que les cuesta doble del que les costa-
ra el importado de América, en lugar de
volver á ser ganaderos como sus abuelos; y
otra la de enviar á sus hijos á hacerse mi-
llonarios á Cuba y á Méjico; de donde vuel-
ven tales, uno de cada diez mil, ricos, tres ó
cuatro, y los demás, ó se casan allá, ó mue-
ren víctimas del trabajo ó de los vicios, en
aquel país del oro y de las fiebres, de las
locas especulaciones y los desatinados, in-
útiles é inconcebibles despilfarros.

El ejemplo de algunos, cuyo trabajo co-
ronó allá de oro la fortuna, hace que cuan-
tos tienen hijos allá les envíen casi niños y
en ellos funden la esperanza de una riqueza
que rara vez logran. ¡Cuántas madres ya
viejas se me han lamentado de que sus in-
gratos hijos no las envían ya ni lo suficiente
para vivir en la más sórdida estrechez! Pero
¿saben acaso aquellas madres si viven los
hijos de cuya ingratitud se quejan? Y entre
tanto ¿en quién esperan tantas mujeres sin

marido para seguir poblando aquella madre tierra, la mitad de cuyos hijos se echan al mar mientras la otra mitad tiene que acudir á la voz de la patria que para soldados se los pide?

Basta de esto: por más que me apesaren y me importen los errores de mi patria, cúpleme á mí solamente, trovador vagamundo del siglo XIX, convertir en poéticas leyendas sus glorias y desventuras. De las breves relaciones que anteceden tiene origen mi CANTAR DEL ROMERO: la voz de una muchacha me la hizo concebir al son de su pandero, y la vista de un fenómeno natural, del que en aquellas costas llaman *un bufón*, me la hizo determinar y extenderla en este libro. Escribíle yo con el sólo intento de dejarle inédito para deleite de aquel amigo mío, que rarísima vez lee versos, y de aquellas muchachas que el cantar del romero me cantaron y á quienes yo quería que en mi ausencia se le leyeran unos hermanos Bustamente, á los cuales quiero yo mucho y que aquellas muchachas cantadoras me reúnan para que sus cantares estudiara.

Pero al salir de Vidiago me detuvo en Torrelavega y me hospedó en su casa el propietario de *El Cántabro* D. Genaro Perogordo, á quien en Méjico conocí y donde por mí no dudó ponerse lealmente de mi parte en un trance un tanto difícil. Español de corazón, allá sacó sin miedo la cara y hoy sigue lidiando en su *Cántabro* por los intereses de España, y á mi paso por Torrelavega, se prendó por ceguedad de amigo de mi leyenda, ofreciéndose á imprimirla. Por fin, en Santander, D. José M.^a de Pereda, escritor notabilísimo á quien puede llamarse Walter Scot de la montaña, con quien hice allí conocimiento y con cuyas obras me he familiarizado hasta tenerlas por solaz continuo, y alguna á la cabecera de mi cama para ahuyentar de noche las visiones de mis tristes recuerdos y acallar los remordimientos de mi insomne conciencia, se empeñó en que la diera á luz, para hacerme la honra de pedirme su manuscrito.

Hé aquí la historia de mi CANTAR DEL ROMERO y la razón de por qué la he dado á luz: y si llegara á hacerse popular en Astu-

rias, y si por su lectura pudiera corregirse su gente de la manía de la emigración á América, y mi amigo de Vidiago no olvidarme y Pereda encontrar mi leyenda impresa tan á su gusto como le pareció, en la rapida lectura de mi manuscrito, bastará para que yo no me arrepienta de haberla impreso.

JOSÉ ZORRILLA

Mayo 30-83



INTRODUCCION

EL BUEN DE VIDIAGO





EL BUEN DE VIDIAGO

I

VUELVE á surgir, inspiracion dormida
en el fondo de mi alma fatigada,
sobre los desengaños de la vida
y ante su fin ya próximo... la nada.
En tu pulmon la voz enmudecida
busca y tu fuerza juvenil pasada,
y vén antes que el tiempo se me huya
y el hálito vital se me concluya.

Lo sé: los años sobre mí se apilan:
ya abre ante mí la eternidad sus puertas;
sobre la tierra ya mis piés vacilan:
mis oídos ya torpes y ya inciertas
mis miradas están: ya se aniquilan
mis fuerzas corporales: pero aún vive

la fé en mi alma; en mi cerebro áun arde
esa chispa del sol, la inteligencia,
emanacion de Dios; que de ÉL recibe
el poeta de fé que á Dios concibe;
que en el hombre de fé se nubla tarde
y se apaga no más con su existencia:
porque Dios á su espíritu la adhiere
con la inmortalidad, y á su presencia
va con el alma cuando el cuerpo muere.
Y áun vive en mí, fermenta todavía
y en mi caliente corazon se esconde
esa honda fé que por doquier me guia,
y áun á la voz de la alma poesía
mi independiente corazon responde.

Aun vive: siento aún y áun oigo y veo
por donde fijo la insegura planta
la faz de Dios y su presencia santa,
de negarle ó no verle nunca reo:
hoy que la tierra en mi vejez paseo,
sus maravillas ante mí levanta;
y poeta de Dios, porque en Dios creo,
mi inspiracion sus maravillas canta.

II

Ábrete, pues ¡oh sésamo! que encierras
el geniecillo ruin y microscópico,
que conmigo cruzó mares y tierras
desde la Alhambra hasta la mar del trópico.

Sal, atómico sér, sal de tu sueño:
rompe la leve cáscara del grano
de sésamo en que estás, átomo enano,
de los ingenios de hoy el más pequeño.

Sal y el viejo laúd toma en la mano;
pero vuelve gentil, ágil, risueño
como en el tiempo viejo, aún nó en olvido,
cuando ibas por mitad cristiano y moro,
la cruz al pecho y de alquicel vestido,
cantando á Dios y despreciando el oro;
cuando, de audacia y de locura ejemplo,
salmodiabas los versos del poeta,
lo mismo al són del órgano en el templo
que al són de la morisca pandereta.

Sal, génio mio, vén: te necesito:
vén conmigo á asomarte á un agujero,
por dó el poder de Dios que veas quiero
en un rincon de Asturias donde habito:

vén no más á escuchar un són, un grito,
un baladro, un bufido, un algo fiero
y encantador al par, santo y precito
tal vez; que nada siendo, es algo empero
como huella de Dios, cási infinito.

Algo compuesto de agua, luz, espuma,
ímpetu, ruido, fuerza y movimiento,
que debe hoy escribir mi vieja pluma
y tú cantar con tu postrer aliento:
y este algo misterioso, indescriptible,
aéreo y corporal, sólido y hueco,
frágil y recio al par, inconcebible,
del cual vamos á hacer algo legible...
un poema tal vez... no es más que un eco;
mas ten presente, geniecillo loco,
que un eco siempre es algo, aunque es muy poco.

¡Ea, pues, geniecillo que me inspiras,
á ver como de un eco en torno giras!
¡Sús! Tus alillas ágiles desplega,
recorre desde la alfa hasta la omega;
tu vuelo es libre, tu labor sin coto;
con la palabra y con la idea juega;
discurre, inventa, trama, afirma, niega,
canta, cuenta, salmodia... arma alboroto,
hasta que ese éco que á rumor no llega
sea el de un huracan ó un terremoto.
Prueba á Asturias que puedes todavía
un eco en sus breñales escondido
convertir en raudal de poesía
y en un recuerdo de hombre agradecido.

Mas al hablarla de él... ¡por vida mia!
no vayas indiscreto ó distraido
á alardear de saber mitología.
Asturias es romántica y cristiana:
salvó á Europa de ser mahometana;
y tierra en que es Santuario Covadonga,
su creencia y recuerdos no prolonga
hasta los mythos de la edad pagana.
No hables aquí de Ninfas: las de Grecia
no llegaron aquí: la Ninfa Eco
pasa aquí con razon por una necia,
que habló sin tón ni són y siempre en hueco.
Como Ninfa y Deidad la adoró Roma,
que adoró á todo Dios: pero se opina
aquí que Grecia la admitió, una broma
por dar á Roma, en la mansión divina.

Eco fué Ninfa: mas, sin forma humana,
hizo sólo en pinturas de persona;
y como Ninfa huera y casquivana
la aceptaron, de buena ó mala gana,
desde el Areopago á la Sorbona.
Fué Ninfa, sí; pero la más perdida:
Divinidad rastrera y rezungona,
sin dar la cara se pasó la vida
por cuevas, subterráneos y rincones
para escuchar á todos escondida,
cortando por dó quier conversaciónes,
metiéndose con todos en cuestiones
y en divertir á tontos divertida:
y como, impertinente y holgazana,

repetir nunca supo más que un trozo
de una frase final, en la lejana
cavidad de una bóveda ó de un pozo,
ya ni la poesía aquí la abona.

No hables, pues de esa Ninfa charlatana,
aquí no quieren gente respondona:

y sabe la católica Asturiana
que ante la Cruz que el Gólgotha corona
á las Ninfas ahogó la fé cristiana.

Aquí el eco no es más que un ruido, seco
ó prolongado que, de voz humana
ú otro són, se repite en algun hueco.

El eco que fué Ninfa muerto yace:
con que no hablemos más de esa villana,
y ven el mio á oír; que es un són vago,
que en las entrañas de la tierra nace
entre líquen, adelfa y jaramago,
que en dormir en un antro se complace,
y que en vapor y estruendo se deshace
en la Asturiana costa de Vidiago.

III

Vidiago es una gárrula aldehuela
donde un pueblo entre Céltico é Ibero
franco, trabajador, sóbrio y sincero
suda en verano y en invierno vela
labrador, traficante y ganadero:
y del sudor y afan del año entero
los domingos alegre se consuela,
bailando al són del árabe pandero
y al compás de la etrusca castañuela.

Vidiago es el lugar donde tranquilo
después de una existencia consumida
en inquietud y afanes sin medida,
que allende de la mar nos tuvo en vilo,
con la vida en un trís, la alma en un hilo
y la esperanza de volver perdida,
un amigo leal del tiempo viejo
volvió al paterno hogar en pos de asilo,
paz, pan, lana caliente y vino añejo;
cosas que ayudan á esperar sin pena
al fin de vida mala muerte buena.

A este amigo leal, que como hermano
me quiere y trata y como tál le tengo,

se me antojó venir este verano
á ver en la mansión de su abolengo:
y como él es un hombre de buen juicio
y yo un loco de atar desde *ab initio*,
antes de que la tumba se nos abra
vine á pedirle y darle, por si deajo
antes que él de vivir, su buen consejo,
mi último adios y mi postrer palabra;
pues habiendo los dos vivido tanto,
ya al despedirnos suponer debemos
que sus consejos él me da postremos
y yo que alzo en su hogar mi último canto.

Su hogar, palacio señorial un día
y hoy albergue por mí del dulce encanto
de la amistad, la fé y la poesía,
se eleva al par de gigantesca roca
que ha socavado el mar; en cuyo hueco
cien metros tierra adentro abre una boca,
donde cuando pacífico le evoca
de su manso rumor despierta un éco.

Este eco, de su alcázar no lejano,
de mi balcon los vidrios estremece
cuando, al crecer de noche el océano
con la maréa equinocial, parece
que se viene la mar sobre la tierra;
el eco en su caverna se enfurece,
y al viento contra el mar llamando á guerra,
amedrenta la costa y la ensordece
con bufidos de són tan pavoroso,
que turban de los pueblos el reposo.

Mas cuando el mar azul en calma duerme
y humilde el pié de los peñascos lame,
el eco yace en la caverna inerme
sin responder aunque la voz le llame.
Eco que asorda la comarca entera,
nó del hombre á la voz sale al encuentro;
sólo habla con el mar cuando se altera,
ruge á impulso del mar de dentro á fuera,
no responde jamás de fuera adentro.
Yo le he ido á buscar: en el embudo
de piedra en que la mar boca le cava
me asomé y le llamé: mas se hizo el mudo,
porque era yo, nó el mar quien le llamaba.

A este eco altivo y de desden sultánico,
para que en él á reposar se acoja
despues de su periódica pelea,
el mar, que es como Dios un gran mecánico,
labrar un grande alcázar se le antoja,
y en él trabaja con afan titánico
empleando el poder de su maréa.
Y aquel calcáreo gigantesco embudo
que un dia fué no más un agujero
áspero, tosco, desigual y rudó,
es calado marfil, es chal ligero,
obra de aguja y de cincel agudo;
blonda de piedra, berroqueño encaje
tendido encima de peñon roquero,
filigrana sutil, labor de pluma
tejida por el mar con su oleaje,
con su ácre sal y disolvente espuma.

Y el mar, que es además un grande químico,
descompone la roca y la rebaja,
la tornéa, la ahueca y la trabaja
como pudiera artífice Muslímico,
Rumano, Índico ó Godo; y la alicata
la dentella, la comba, la maquéa,
la retuerce, la riza, la dilata,
la acanala, la histría y losangéa:
sutil, cada partícula caliza
con sus sales disuelve ó pulveriza;
y quitando y dejando donde importa
ya lo esponjoso, lo arenisco y blando,
ya lo duro y silíceo, y avanzando
en su trabajo sin cesar, recorta,
perfila, aguza, redondéa, cuadra
y carcome la piedra y la taladra;
transforma en fin la roca, improvisando
primores mil de talla en su haz salvaje,
sin que la desmorone ni la raje
el ímpetu del agua; ya que brote
del cráter ó del mar, ya suba ó baje,
mane, esculle ó con ímpetu rebote.

El alma del mortal contempla absorta
las maravillas que el capricho aborta
del agua en su labor, sin que se agote
la original y rica fantasía
de su trabajo secular: y espanta
ver como en él solícita adelanta,
y á su antojo fantástico modela
la peña, la abrillanta ó la apomaza,

la esmerila, la pica ó la cincela;
y en sus relieves incansable traza
repisas, ornacinas, doseletes,
nichos, estalagmitas, rosetones,
miles de inverosímiles juguetes,
miles de inconcebibles invenciones.

Y aquel cono invertido y trabajado
con labor tan sutil y complicada
que comprender á quien la ve no es dado,
que turba la razon y la mirada,
que ni el loco mayor nunca ha soñado
en su mayor delirio, es la portada
del cóncavo palacio en cuyo hueco
duerme alojado por el mar mi eco.

Y he aquí con aire y mar lo que sucede
cuando el trabajo de ambos verse puede.

IV

Este eco jugueton, hijo intranquilo
del aire, que del agua va envidioso
dentro del hondo socabon asilo
á buscar cuando el agua está en reposo,
susurra intermitente, rumoroso,
cual manantial oculto que hilo á hilo
se oye apenas manar dentro de un silo;
y su són subterráneo y misterioso
la atención de quien le oye tiene en vilo.

Es que su padre el aire, que le crea
de la boca de piedra á la salida,
de la boca en el fondo se recrea
en hacerle bullir y juguetea
con él, y en una hebra de su aliento
le mece, le columpia, le cunéa
con un murmullo igual y soñoliento.
Una brizna silvestre que, prendida
su raiz al peñon, flexible ondéa
con aquel flébil hálito menéa:
y el eco con la voz adormecida
entre vigilia y sueño se estremece,
y á intervalos despierta y se adormece;

y turba á quien le escucha, y le maréa
con la aprensión de cosa indefinida;
pues parece la boca chimenea
de algun laboratorio en que se anida
algun gnomo, que está con mala idea
trabajando en labor desconocida.

Este eco, empero, caprichoso, estraño,
vario y falaz como mujer coqueta,
finge dormir con malicioso engaño
móvil siempre y sin pié como veleta:
pues cuando más halagador arrulla,
móvil esclavo de la mar inquieta,
en cuanto siente que la mar murmulla
á la boca exterior del subterráneo,
ante el mar que se encrespa se levanta,
y con ímpetu al suyo simultáneo
se sacude con ímpetu instantáneo:
y al que le oía entretenido espanta
el ruido inesperado del embite
repentino del mar, que en su garganta
de piedra el eco del cabon repite.

V

Es que las ondas de la mar agita
ya la marea equinocial que avanza:
es que el mar, que sus olas necesita
estender ó romper, con infinita
creciente progresion sus olas lanza
más altas cada vez contra la roca;
y allí abre al mar el socabon su boca,
y allí el oleaje al socabon alcanza,
y el mar al eco con su voz provoca:
es que ya entre aire y mar la lid estalla,
y es que el aire que ocupa la caverna
la defiende del mar: por lo que eterna
es del agua y el aire la batalla.

¡Ya la lid se trabó!—Ya la maréa
se desborda en la cueva: el aire grita,
silba, gime y tenaz puja y jadea
prensado sin cesar: el mar se agita
cada momento más: toca, rodéa
y asalta el antro; de encontrar se irrita
al aire en el cabon: con él pelea
bajo la tierra: embravecido ondea,
y olas sobre olas al echar se comba,

y llena el socabon de espuma y ruido:
el eco, entre agua y aire comprimido
cual de prensa neumática en la bomba,
su hálito arrullador convierte en tromba,
su flébil són en infernal rugido.

Bufa el aire furioso: el mar rebrama
y ondas tras ondas en su auxilio llama:
montañas de agua sobre el aire arroja:
él reventando de furor se esprita:
dobla su empuje el agua: el aire afloja
sintiendo que por fin se debilita,
y muge con hondísima congoja:
pero por más tenaz que forcejea,
el agua de delante se le quita,
y él por la encañonada chimenea,
fugitivo huracan, se precipita.

¡Dios! Por el fondo del calcáreo embudo
de ciclones con fuerza estremeciendo
la mole inmensa del peñasco rudo,
aire y eco á la vez salen rompiendo
de la atmósfera el tul en cien girones;
haciendo al desgarrarla más estruendo
que el que harían rugiendo cien leones,
cien ballenas un golfo revolviendo
y reventando á un tiempo cien cañones.

De darle con inútil esperanza
caza en el viento, tras del aire lanza
gigante surtidor de agua en espuma
furioso el mar; pero en su altura suma
de su empuje á pesar ya no le alcanza:

y él, vuelto ya de su pavor, se engrie
y, en lo alto, de él y de su afan se rie.

Entonces, alardeando por despecho,
desplega el agua espléndido penacho
de opalino cristal y perlas hecho,
que en cada grieta cóncava ó picacho
saliente, punta ruin ó áspera escama
del cóncavo peñasco, desparrama
rizos, madejas, cintas, trenzas, blondas
y velos mil sin adhesion ni trama;
cuyos hilos fugaces culebréan,
y van á reunirse con las ondas
del socabon por el conducto estrecho,
en donde serpenteando burbujan,
sin conseguir jamás hacerse lecho.

El aire, que la siente bajo tierra
tornarse hirviendo al mar trás la resaca,
detrás del agua al socabon se arroja;
vuelve otra vez á provocarla á guerra:
otra vez del cabon la desaloja
ella: él entra otra vez: otra le saca
el agua y otras mil... y no se aplaca
de aire y agua la horrisona pelea,
de la caverna en el peñasco hueco
hasta que se retira la maréa,
y vuelve al fin del socabon ya seco
á apoderarse el aire con el eco.

VI

Y vuelve á oír quien á escuchar se inclina
al cono, por el mar filigranado
cómo un joyel precioso colocado
bajo una recamada muselina,
cómo el aire del antro enseñoreado
en aspirar ufano se recrea
del agua, inmóvil ya, la ventolina
ténue y fugaz, bajo la cual no ondea:
y engreído, el cabon porque domina,
áun bufa por lo bajo y aletea:
y la brizna flexible que se inclina
enraizada en el peñon menea
y con su tallo móvil juguetea:
mientras, sin miedo de la mar vecina,
el eco imitador bufa y bravea
otra vez susurrando á la sordina,
y escondido en el fondo de la mina
con la brisa y el agua coquetea.

VII

CONCLUSION

(Vidiago 23 de Setiembre de 1882)

Llaman á esto *un bufon* aquí en Vidiago, porque bufa en verdad y estruendo mete que da pavura y amenaza estrago: á mí nombre poner no me compete á las obras de Dios: lo que aquí hago es venir á adorar á este boquete al Dios para quien es la mar un lago, y este extraño fenómeno un juguete.



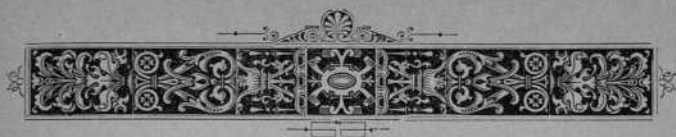
EL CANTAR DEL ROMERO



PRIMERA PARTE

107





INDICE

I

EL CANTAR

ASTURIAS es una tierra
no estudiada todavía,
cuya vírgen poesía
porvenir próximo encierra.

Si un Walter Scot brotara,
cuya ciencia escrutadora
su comarca encantadora
con su génio escudriñara,

mal sufriera el parangon
la isla hermana de Inglaterra
con esta enriscada tierra
de la fé y la tradicion.

Aquí tuvo España cuna:
desde esta costa marina
descendió la Cruz latina
á apagar la media luna.

Desde aquí, fulgor de rayo,
la luz de la Fé prolonga
hasta Tánger, Covadonga,
hasta Isabel, Don Pelayo.

De Asturias en el rincon,
entre su sierra y el mar,
siete siglos al pasar
dejaron su tradicion;

y de sus glorias archivo,
es del pueblo la memoria
la tradicion de su historia
el manantial primitivo.

Aquí al pié de los altares,
fé, amor, valor é hidalguía
dejaron la poesía
de los cuentos populares:

y de fé y supersticion
mezcla, y de gozo y tristeza,
aquí cuenta la cabeza
sus sueños al corazon.

Y el corazon, con fé sana
orando á Dios, se estravía
en pós de una poesía
de alma inspiracion cristiana,

pero envuelta entre la niebla
de la Celta y la Goda,
con que su comarca toda
de viejos fantasmas puebla.

Yo he venido tarde aquí;
ya mi inteligencia vaga
con la oscuridad se apaga
de los años que viví.

No puedo ya en las pavesas
del viejo romanticismo
animar para mí mismo
sus baladas montañesas;

pero trás de mí vendrá
un Walter Scot de Asturias
que el polvo de las centurias
por mí vivificará:

y á España ha de dar asombros
ver brotar de sus entrañas
lo que encierran sus montañas,
lo que entierran sus escombros.

Yo, que ya no puedo ver
ni tan hondo ni tan largo,
á evocar de su letargo
voy una imágen de ayer.

Imágen encantadora
de una mujer, que vivía
no há cien años todavía
donde estoy viviendo ahora.

Vagando por los breñales
de la costa de Vidiago,
la hallé entre su jaramago
sus líquenes y endrinales.

Su leyenda está impregnada
de ese vago misticismo
en que envuelve el cristianismo
al Hada de una balada.

La mía era una mujer:
mas tan diminuta era,
que de Hada se la pudiera
dar por su tamaño el sér.

Una gentil criatura,
en sus contornos correcta
y en proporciones perfecta,
mas mujer en miniatura:

cuanto puede ser pequeña
la mujer sin ser enana,
blanca cual copo de lana,
como una corza cenceña,

era un dige, era un primor,
un juguete con aliento
alma, vida y movimiento:
capricho del Criador.

Sus dos manos dos jazmines
eran, y sus piés enanos
compañeros de sus manos
bailaban en sus chapines.

Era oronda y encarnada
y rubia como una poma :
su aliento exhalaba aroma
cual si tuviera arraigada

una mata de azucenas
en sus entrañas : sus ojos
brotaban chispas de antojos,
su voz ahuyentaba penas.

Cantaba que era un encanto :
no habia viejo ni mozo
que embebecido de gozo
no la escuchara su canto;

pues aunque rica, ella era
quien el pandero cogía
siempre y quien bailar hacía
á la gente en la bolera :

y en empezando á cantar,
en todo el alrededor
no quedaba un labrador
que no viniera á bailar.

Tenia un cantar y un són
que ella á su antojo variaba,
que cuando ella lo cantaba
encantaba el corazon;

y habia en aquel cantar,
tan honda melancolía,
que á algunos ojos hacía
las lágrimas asomar.

Era un cantar de sentido
oscuro é incoherente,
de esos que *saca* la gente
del vulgo poco instruido,

y en los que no entran por nada
ni las reglas ni el talento;
mas que hijos del sentimiento
son de un alma apasionada.

Era en suma una canción,
cuya palabra y sentido
á escuchar por el oído
se subía el corazón.

Cancion que de profecía
con vago presentimiento,
despertaba un pensamiento
melancólico, y decía :

CANTAR DEL ROMERO

ó vuelve ó me muero
de afan y dolor.

Arriba brotan las flores
en las ramas del romero
y Dios las da miel y olores:
del cielo tiene sabores
la miel del amor primero.
Adios, dueño mio, flor de mis amores:
si allende los mares te vas, yo te espero
en tiempos mejores.

Arriba la flor,
abajo el romero,
la abeja en redor;
yo así darte quiero
la miel de mi amor.

¡Allende los mares vé en paz, que te espero:
¡Adios, dueño mio; mas vuelve ó me muero
de afan y dolor!

II

Te vas y volver me juras:
no olvides tu juramento:
mas mira cómo procuras
cumplir lo que me aseguras;
no lo escribas en el viento.

¡Que Dios, dueño mio, te dé allá venturas!
¡Te vas y me dejas sin luz ni contento,
llorándote á oscuras!

La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor:
yo así darte quiero
la miel de mi amor.

Si allende los mares te vas; yo te espero.
Adios, dueño mio; mas vuelve ó me muero
de afan y dolor.

III

Mas si todo se te olvida...
¡sea lo que Dios disponga!
cuando yo pierda la vida,
que cuentas por mí te pida
la Virgen de Covadonga.

¡Adios: y si un dia por tí soy vendida,
que Dios de volverme la fé prometida
la pena te imponga!

La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor:
yo así darte quiero
la miel de mi amor.

Si allende los mares te vas, yo te espero:
¡Adios, dueño mio; mas vuelve ó me muero
de afan y dolor!

Ella sola este cantar
con esta letra cantaba,
pues ninguna otra acertaba
á entonarle en el lugar:

porque ella sola sabia,
con flexible donosura,
quebrar aquella cesura
que holgaba en la poesía:

y en su boca nada más
para el alma y el oído
tenía el cantar sentido
són, sentimiento y compás.

Mas cantaba rara vez
tal cantar ante la gente;
cantábale escasamente
una semana entre diez:

porque al lanzarle en el viento,
cambiaba de sér y humor
y en tórtola el ruiseñor
y el trino alegre en lamento.

Fuera del instante aquél,
risueña, inquieta, habladora,
como una alondra canora,
suelta como un cascabel,

como una corza ligera
y alegre como un gilguero,
movía con su pandero
toda la còmarca entera.

Derramaba la alegría
por do quiera que pasaba;
se atraía á quien hablaba,
embobaba á quien la oía,

y se espiritaba la gente
por venir á oír y ver
á aquel primor de mujer
de Llanes á San Vicente.

Era el hada del lugar;
dábale ella vida y sér,
y álguien de él la llegó á ver
como al ángel tutelar.

No puede mi vieja pluma
pintar, en fin, tal primor:
conténtate, pues, lector
con saber que ella era en suma

tan querida por preciosa,
que la gente campesina
la llamaba Marifina,
Mariperla y Mariposa.

II

Su padre, hombre acaudalado,
noble y rico en cuya raza
ni hay de bastardía traza
ni siervo que haya pechado,

tiene á su puerta un blason
con casco de lambrequines,
y un par de buenos rocines
con silla y caparazon.

Tiene en un arca dos cruces
en el servicio ganadas,
y un par de buenas espadas
con un buen par de arcabuces.

Tiene de onzas españolas
un ciento siempre en un saco,
y cuando monta en su jaco
lleva un buen par de pistolas.

Orgullosa de su nombre
y haber con el rey andado,
anda siempre bien portado
y se las echa de hombre.

Mas no se venga á juzgar
por tal porte y atavío,
que era altanero y bravío
ni mal quisto en el lugar.

La gente de Asturias toda
por antigua hace cabeza,
blasona de alta nobleza
fé sin tacha y sangre goda :

mas como el tiempo la escuda
y Covadonga la abona,
con buen derecho blasona
de cristiana y linajuda.

Y cada villa y lugar,
de alta nobleza con fueros,
tiene de estos caballeros
Garcías del Castañar.

Por eso este labrador
en Vidiago acaudalado,
andaba un poco engallado
y puesto en puntos de honor.

Especie de qui jotismo
ó pueril fanfarronada,
sólo por darse adoptada
satisfaccion á sí mismo,

esto era costumbre en él,
por decoro personal
de hombre que hizo y nó muy mal
en la corte su papel;

pero era el hombre mejor
de aquella parroquia entera,
capaz de hacer á cualquiera
sin vacilar un favor.

Cedia, carácter vivo,
á geniales prontitudes ;
mas tenia las virtudes
de franco y caritativo :

con qué, para todos franca
su casa á puertas abiertas,
tal vez no habia en sus puertas
llave, cerrojo, ni tranca :

de modo que armado andar,
era no más á mi ver
afan de dar á entender
que podia armas usar.

Y en aquella tierra honrada,
de robos y desafueros
exenta, en los caballeros
era un adorno la espada.

Y este hidalgo, que tenia
Noriega por apellido,
era un modelo cumplido
de lealtad é hidalguía.

De cariño de ordinario
más que de respeto objeto,
capaz de imponer respeto
era á cualquier temerario :

mas benévolo y cordial,
se igualaba con cualquiera,
y su vida íntima era
sencilla y patriarcal.

Viudo y cobrando sus rentas
de feudos y arrendamientos,
tenía un libro de asientos
y unos cuadernos de cuentas.

Las hacía ante testigos
con buenos datos é informes,
mas sus colonos conformes
quedaban con él y amigos:

y cuando á alguno tenía
atrasos que demandar,
«amigo, debo mirar
»por Marica»—le decia.

Marica era su pasion
única y última: era
la que le ocupaba entera
la existencia: su razon

por ella se alucinaba,
su autoridad se rendía
y ante su antojo cedia
su resolucion más brava.

El más motivado exceso
de indignacion ó de enojo,
sosegaba ella á su antojo
con un cariño ó un beso.

Fiada en su pequeñez,
se sentaba en sus rodillas
á brinco, de las ardillas
con la gentil rapidez;

y con infantil codicia
y con frases tan sabrosas,
le decía tántas cosas,
le hacía tánta caricia,

qué él, trémulo de placer,
en sus brazos la cogía,
y á besos se la comía
sin poderse contener:

y otra existencia mejor
no acertaba á concebir,
que la de dejarse ir
tras aquel raudal de amor.

Aquella niña preciosa,
á quien llamaban al verla
tan hermosa Mariperla,
Marifina y Mariposa,

era, pues, reina en su casa :
y entraba en ella y salía
con su capricho por guía
y su voluntad por tasa.

Su padre, que una fè ciega
tenía en ella por que
bastaba á su buena fè
ser su hija y ser Noriega,

la dejaba á gusto hacer:
y nada hay por qué estrañar
en tal tiempo y tal lugar
tal modo de proceder;

pues saber es menester
que entre la gente asturiana
anda la mujer cristiana
como cristiana mujer:

que allí el siervo y el señor,
los pobres como los ricos,
tienen á honra desde chicos
el tener fé en el honor:

y, en fin, que cien años há
no estaba aún nuestra España
de malicia y de cizaña
sembrada como hoy está.

Así que aquella Marica
hija de Don Juan Noriega
entre la gente labriega
andaba, aunque noble y rica:

y aunque de casa faltaba
dos ó tres horas á veces,
si iba, á orar ó á coger nueces
ninguno la preguntaba.

Y todo el mundo sabia...
lo que el lector saber puede,
si osa seguir todavía
leyendo lo que sucede
en esta leyenda mia.

III

A N T E C E D E N T E S

El Padre y el Hijo

- El padre Dineros son menester,
dineros, hijo Fermin,
si Don Juan Noriega al fin
te la ha de dar por mujer.
- El hijo Menester son, padre mio;
mas si no me echo á la mar,
sin ella me he de quedar:
con que escribid á mi tío.
- El padre ¿Al fin te resuelves?
- El hijo Si:
¿qué otro medio queda ya?
- El padre Pues ya en Vigo el barco está.
- El hijo Pues mandadme á Vigo á mí.
- El padre Pues voy á arreglarlo todo
con Don Juan
- El hijo ¿Si nos la niega...?
- El padre Donde estamos ya, Noriega
de cejar no tiene modo.

Consintió en la romería
y autorizó de las prendas
el trueque: si oro ó haciendas
grangeas tú... no hay tu tia.
¿Te quiere la chica?

El hijo Si.

El padre Pues él lo que prometió
cumplirá. Ve que haces.

El hijo Yo
cuanto pueda haré por mí.

El padre Pues fia en tu tio Gabriel,
que hizo en Méjico gran suerte,
y te llama para hacerte
millonario allí como él.

El hijo No sé cómo lo hizo.

El padre Pues
creo que encontró una mina
por una Doña Marina.

El hijo ¡Vaya! como Hernan Cortés.

El hijo Creo que allá se hace así:
si él te dirige y tú quieres...

El hijo Padre...; ir allá por mujeres...
dejando una y tal aquí!

El padre Si allá faltan novios pobres
y de aquí te hacen que saltes,
mejor estás donde faltes,
Fermin, que nó donde sobres.

El hijo ¿Estais loco, padre mio?
Yo idolatro á Marifina:
sólo por ella la mina

fuera yo á ver de mi tío.

El padre Por ella te deajo ir,
pues que os poneis en extremos
tales ; porque aquí tenemos
casa y pan con que vivir.

El hijo No : costumbres de esta tierra
son, y soy jóven : me voy
á Méjico, que aquí estoy
como un zorro á quien se encierra
en una jaula. Yo siento
que tengo necesidad
de tener más libertad
de respirar con más viento,
de ser rico, en fin ; Don Juan
piensa bien ; aunque no hay año
malo con pan, hace daño
el no comer mas que pan.

El padre Pláceme oirtelo así :
creí que tu amor primero
que todo era para tí.

El hijo Y sí que lo es : pero aquí
no le logro sin dinero.

Y aunque mi amor yo aquí fiel
con fé y constancia aquilate,
no puedo aquí aunque me mate
lograr éste sin aquel ;

con que me voy : otros van
y vuelven ; con el apoyo
del tío, ó me abren el hoyo
allá, ó...

El padre ¡Calla! yo á Don Juan
voy á ver.

El hijo Y yo á Marica.

El padre Vé y con él dejadme á solas.
Llámala.

El hijo Lo hacen las olas
del *bufon*, que el mar se pica.

El padre ¿Y es una seña?

El hijo Son dos:
hemos hecho al mar y al viento
servirnos.

El padre ¡Anda con tiento,
Fermin!

El hijo Dios os le dé á vos.

Esto Don Diego Mijares
habló con su hijo Fermin,
cruzando los valladares
en que alindan tres lugares:
Vidiago, Puertas y Andrin:

y tomando cada cual,
Don Diego el camino abajo
de Vidiago, y pedregal
arriba el chico un atajo
que del *bufon* va al breñal,

su padre se fué á poner
con el padre de la chica
de acuerdo, y Fermin á ver
si está en el *bufon* Marica:
y hé aquí su historia de ayer.

En Andrin avecindado
Don Diego, y venido á menos
porque, habiéndose aumentado
los Mijares, sus terrenos
para tántos no han bastado,

pensó que su hijo Fermin,
por quien una pasion ciega
tenia aquel serafin
que Dios Dió á Don Juan Noriega,
traer podia á buen fin

su mal estado, casándose
con Mariquilla: y hacia
medio año ya que, abocándose
con Don Juan y espontaneándose
sobre lo que le traia

sin prévio aviso á su casa,
planteó su plan; mas Don Juan
su proyecto puso á tasa
diciéndole: « no se amasa
» con mala harina buen pan.

» Hombre que acepta mujer
» que le haya de mantener,
» ó no tiene pundonor,
» ó trafica con su amor
» á la novia sin querer. »

—¡Señor Don Juan!

—¡Voto vá!

¡Señor Don Diego!... ya sé

» que se quieren, bien está:

» que sois noble, ya se vé;

» que le quiere, yo querré:

» lo que ella quiera, se hará.

» Mas reflexionad, Don Diego:

» los chicos son áun rapaces:

» pues se quieren, no os la niego:

» los que aman bién son capaces

» por su amor de echarse al fuego.

» Que se eche Fermin al mar

» como otros hacen; si aguanta

» su amor la ausencia y tornar

» sabe... mi hija es una santa

» y fé le sabrá guardar.

» Seis ó siete años más tarde

» no lo es para ellos; áun son

» dos niños: que haga un alarde

» de fé y de vigor; que guarde

» su amor en su corazon

» labrándose un porvenir:

» nó de un Creso, mas traer

» un peculiejo, un haber

» que baste á hacerle vivir

» sin vivir de su mujer. »

Don Juan habló sabiamente;
Don Diego se convenció
de que el juicio era prudente;
la boda á más no era urgente:
y el trato se concertó.

Pará un plazo no bien fijo
quedó como prometida
la muchacha de su hijo;
Don Diego á éste se lo dijo
y él optó por la partida.

Mas no fué sin vacilar:
pues placíale á mi ver
más que por él navegar,
citas á orillas del mar
con la muchacha tener.

IV

Cuando un trato así se hacia,
era costumbre, y hoy día
no hay padre que á ella se oponga,
que fuesen en romería
los novios á Covadonga.

Y en aquel santurio real,
voto de tan gran batalla,
prendas de empeño formal,
se ofrecian cada cual
una Cruz ó una medalla.

Daba á este acto voluntario
el vulgo importancia tánta,
que verle era necesario
aun por el mas refractario
como ceremonia santa;

y estaba tal conviccion
tan asida á la conciencia
de la rural poblacion,
que tan sencilla creencia
pasó á ser supersticion.

Si uno de los dos faltaba
á la fé dada, y rompía
con el otro ó se casaba
con otro, no lo efectuaba
la prenda hasta que volvía.

Hasta aquí no iba tan mal;
romper un lazo de amor
no es una accion criminal;
mas romperlo con honor
es conveniencia social:

mas si sin dar se enterraba
su prenda alguno, creía
el vulgo que el muerto andaba
tras del vivo, y no moría
hasta que éste la tomaba.

Con que á Covadonga fueron
Marica y Fermin é hicieron
trueque de prendas un día
de los ocho que anduvieron
en su alegre romería.

Don Juan sancionó aquel viaje,
y dió bestias y equipaje,
y criados y vituallas
para ir al peregrinaje
por cruces y por medallas.

Los dos rapaces, sin juicio
áun, en libres correrías,
en diversion y en bullicio
se pasaron ocho días
fuera de casa y de quicio.

Para el Abad y el guardian
en una carta Don Juan
les dió recomendacion,
y un par de onzas, porque van
donde saben quiénes son.

De Marica iba á la vera,
porque con Fermin no vaya
sola, una gran bachillera
de viuda, y que iba á manera
y con facultades de aya.

Allá el buen penitenciario
de Oviedo Don Gil de Olmedo,
sordo y vehedor del santuario,
les dió, hablándoles muy quedo,
una Cruz y un relicario.

De oro y labrada á cincel
era la cruz, y un joyel
el relicario, con tapa
doble, un Lignum dentro de él,
y benditos por el Papa

los dos, según un papel
con sello pontifical;
regalo á Don Gil debido,
que de Don Juan habia sido
siempre amigo muy leal.

Y tornaron los mozuelos:
Fermin tal formalidad
no vió á la luz de los cielos,
sació no más los anhelos
de su pueril vanidad.

La Cruz de oro se colgó
con gozo infantil al cuello;
y á quien se lo demandó,
su cruz de oro le enseñó
sin poner reparo en ello.

Mas Marica, que aunque chica
de mujer formal se pica,
consideró el relicario
cual gaje que ratifica
fé empeñada en un santuario;

y leal, firme y sincera,
elevando á religion
su virgen pasion primera,
se dió á su amor toda entera
con todo su corazon.

El relicario bendito
al cuello se suspendió
con un placer infinito;
pero con tacto esquisito
á nadie se le enseñó.

Y siendo cosa aceptada,
y la idea del honor
estando tan arraigada
entre aquella gente honrada
cuando anda herida de amor,

comenzó la del lugar
á ver para el porvenir
apareado ya aquel par,
y volvió aquel par á ir
á hablar á orillas del mar.

Y como se abre el *bufon*
entre Vidiago y Andrin,
y aquel sitio y aquel són
hieren la imaginacion
de Marica y de Fermin,

creyendo que á su amor dan
más fuerza y más poesía
en aquel sitio, allí van;
y al són de la mar bravía
allí en plática se están.

Y cuando ruje el *bufon*
y con el viento pelea
el mar en el socabon,
dice ella — « ¿ves la marea?
» pues más fuerte es mi pasión. »

Y entre el temeroso estruendo
con que el *bufon* ensordece
la costa, y el són tremendo
de la mar que se embravece
las rocas estremeciendo,

entona ella su cancion;
que, escuchada mas no oida
por Fermin, va del *bufon*
y el mar á espirar perdida
entre el terrífico són.

¡Ay! y tiene aquel cantar,
lanzado al viento y al mar,
un no sé qué de fatídico,
de conjuro ó rito druídico
imposible de explicar.

Aquella cancion, que oír
no se puede cuando suelta
entre aire y mar va á morir...
¡quién sabe si por él vuelta
por él volverá á venir!

¿Quién sabe?—En eso se pasan
sus citas los dos amantes:
cantando mientras los casan,
cual las gaviotas errantes
que á sus pies las ondas rasan.

Y cuando el día á su fin
entre el crepúsculo vago
toca, la besa Fermin;
y ella se torna á Vidiago
y el mozo se vuelve á Andrin.

V

A Don Juan participó
lo del embarque Don Diego,
y en lo dicho desde luego
Don Juan se ratificó.

Llegó el momento fatal
de la despedida amarga.
¿Será la ausencia muy larga?
¿Será alguno desléal?

Fermin, una vez resuelto,
dijo á María — « me voy » —
y ella dijo: » tuya soy,
» si muero antes que hayas vuelto,

» con tu amor me enterrarán:
» siempre fé te guardaré;
» mientras viva... esperaré...
» ¡pero piensa con qué afan! »

— « No sé que va á ser de mí:
dijo Fermin: mas suceda
» lo que quiera, en cuanto pueda,
» como pueda vendré á tí. »

— « Vuelve, Fermin, sin temor :
» si no haces fortuna allá,
» la prueba de ir bastará
» á mi padre y á mi amor.

» Afánate y en mí piensa ;
» que como pienses en mí,
» Dios no ha de dejarte allí
» ni á mí aquí sin recompensa.

» Yo te enviaré mi cancion
» del mar con las recias olas ;
» tú las oirás cuando á solas
» estés con tu corazon.

» Por más tiempo tierra y mar
» que entre los dos se interponga,
» la Virgen de Covadonga
» nos tiene al fin que juntar.

» Mas si me olvidas, Fermin,
» no vuelvas sin que haya muerto
» yo ; porque... ¡ ténlo por cierto :
» tendremos ambos mal fin ! »

Sollozaba el mozo ahogándose
con las lágrimas ; y viéndole
tan abatido, diciéndole
siguió ella de él apartándose :

« Ten valor : pues ha de ser,
» ni lo pienses, ni me veas
» más : ¡ Adios ! parte : no seas
» más débil que tu mujer. »

No dió tal razon en vago.
Huirguióse él: se despidieron
abrazándose, y partieron
él á Andrin y ella á Vidiago.



Zarpaba un quechemarin
de Llanes al otro dia,
con cuyo patron podia
ir bien á Gijon Fermin.

De su padre sin tomar
ni permiso ni consejo,
Mariquilla un catalejo
tomó que él solia usar;

y al cerro echando á correr
en el cual se abre el *bufon*,
se puso en observacion
el quechemarin por ver.

En la agreste crestería
de la roca laboreada
por la agua del mar, sentada
permaneció todo el dia.

Llanes desde allí se vé:
no su puerto en miniatura,
que oculta la curvatura
de la costa á cuyo pié

se resguarda, mas la peña
de San Pedro que levanta
su cabeza y adelanta
sobre el mar su cruz de leña.

Que era olvidó Mariquilla
la pleamar por la tarde,
y que es fuerza que la aguarde
de Fermin la navecilla:

y allí estuvo al sol y al viento
de las horas olvidada,
al catalejo pegada
y absorta en su pensamiento

La marea empezó al fin
á subir: del catalejo
en el vidrio el aparejo
surgió del quechemarin.

Salió y viró: la marea
y el viento impulso le dan,
y entre los que dentro van
distingue á Fermin: vocea

sù nombre, el cristal dejando
que se le acerca y le aclara;
mas él no vuelve la cara,
y el queche sigue vogando.

Torna á vocear y á mirar...
la faz no torna Fermin:
¡no llega al quechemarin
su voz por sobre la mar!

Lanza al viento su cantar
y el viento la favorece,
torna al vidrio y la parece
que el viento llega al bagel:
mira... y mira... y le vé á él:
¡pero inmóvil permanece!

No puede oirla: es verdad;
mas ¿no debió suponer
que ella habia de irle á ver
allí por necesidad?
Siguió con tenacidad
mirando... ¡y viendo á Fermin
siempre de espaldas!—y al fin
entre su estela de espuma
y el velo azul de la bruma...
se perdió el quechemarin.



SEGUNDA PARTE

MRIPOSH



MARIPOSA

I

FELIZ quien á la sombra de los castaños vive
al pié de los que humea su hereditario hogar,
y cartas, ni intereses, ni tiene ni recibe
de más allá del monte, ni más allá del mar.
Dichosa la aldeana, cuya ambicion sencilla
no sabe de los lindes salir de su lugar,
y se bautiza, y reza, y casa en la capilla
donde sus viejos padres se fueron á casar.

No vé, no sabe, es cierto, lo que en el mundo pasa;
no tiene aspiraciones ni porvenir social;
para ella no hay más mundo, más vida que su casa,
en ella no se come más pan que el que ella amasa,
ni hay más amor que el santo del lazo conyugal.

Jamás á su marido, por luminosa ciencia,
por influencia grande, por gran reputacion,
le deberá los geces del fausto y la opulencia,
ni en nacional congreso le votarán panteon:
mas vivirán en calma, y en su infantil creencia
se morirán ajenos y sin tener nocion
de la amargura, hastío y afan de una existencia
que dá la vida póstuma, matando al corazon.

Dios á los séres todos emparejõ en la vida;
jamás encaman juntos la cierva y el chacal;
jamás la garza esbelta con el condor anida;
jamás labriega humilde con millonario unida
hicieron vida buena, ni matrimonio igual.

La cándida doncella que espera enamorada
la vuelta del amante que á la ambicion se dá,
con él, si vuelve, siente que está desparejada:
ella es la misma que era, mas él es otro yá.
El mundo cambia al hombre que por el mundo rueda,
no cambia la que á solas con su pasion está;
la fé se robustece del que esperando queda,
se mengua por el mundo la fé del que se vá.

Y si los viajes cambian la fé y los caracteres..
de Méjico versátil en el feraz jardin,
en sus argénteas minas y auríferos placeres,
entre sus ricas, bellas y gráciles mujeres
¿al tiempo y á la ausencia resistirá Fermin?

¡Oh Virgen piadosa de Covadonga! escucha
la férvida plegaria de la pasión más fiel,
del corazón que á solas consigo mismo lucha...
y con el mundo entero que se levanta ante él.
Partió... la vista al cerro sin dirigir siquiera
cuando al salir de Llanes le vió desde el bajel:
¡oh Virgen piadosa de Covadonga!... ¿qué era?
¿pavor del mar, mareo... ó indiferencia cruel?

Gusano inextinguible de la afanosa duda
¿por qué en su amante espíritu á guarecerte vas?
Su amor la fé sagrada del juramento escuda;
y si la ausencia es larga y si la prueba es ruda,
su amor y el sol no pueden retroceder jamás.

Fermin no puede en horas atravesar los mares,
el barco va al capricho del viento y de la mar;
no le han de dar allende las onzas á millares,
no más por que se vuelva con ellas á casar.
Entonces muchos meses necesitaba el viaje;
sin tiempo, nadie llega tesoros á juntar;
en lo que quier que emprenda, por bien que se le cuaje,
habrá sin duda meses y áun años que esperar.

Con tal razón y cálculos Marica está conforme:
mas teme que se vea su espíritu en su faz
y de su afán el vulgo que conjeturas forme;
y sigue con esfuerzo de voluntad enorme
cantando descuidada y al parecer en paz.

Espíritu risueño, de la alegría agena
excitador constante, de su pandero al són
para olvidar bailando su semanal faena
se junta en torno de ella la alegre poblacion.
Mas ya, aunque se la pidan, rehusa ni aún á solas
cantarles del romero su original cancion:
y que se la oyen, dicen, al viento y á las olas
cantársela en los ásperos breñales del *bufon*.

¡Quién sabe á lo que el cielo predestinarnos pueda!
El mundo dando vueltas con sus vivientes va;
van unos y otros vienen por él mientras él rueda;
pero la fé se arraiga del que esperando queda,
y rueda por el mundo la fé del que se va.

II

Y van y vienen los dias:
Fermin se embarcó en Octubre:
trascurió Diciembre en fiestas,
se pasó Enero á la lumbre,
Febrero entre ventisqueros,
Marzo entre el sol y las nubes:
Abril, al pasar, de verde
vistió la tierra, y ya cubre
los árboles de hojas Mayo,
los pajarillos implumes
pian ya entre ellas, y vuelven
las golondrinas de Tunez,
y ya Junio llena el aire
de pájaros y perfumes,
y áun de Fermin no trae carta
de Veracruz ningun buque.

Por más que lo disimulan,
Marica impaciente bulle,
Don Diego va y viene á Llanes,
Don Juan su entrecejo frunce,
el pueblo á mentar comienza,
segun su mala costumbre,

los olvidos de los idos,
del mar las vicisitudes;
y es, en fin, inevitable
que ya de Fermin se ocupen
todos, y al fin de ocho meses
comenten y conjeturen.

Que á su hija olvide Fermin
tan pronto, ó que les oculte
las noticias de él Don Diego,
á Don Juan no se le ocurre:
porque lo que en él no cabe
en ninguno lo presume;
mas como idolatra á su hija,
por ella se inquieta y sufre.
Don Diego á quien áun no afana
el ver cómo su hijo cumple
con Marica, mas que es padre
y que de afan se consume
por saber de él, no hay un día
en que por él no importune
al maestro de posta, y si hay
carta de él no le pregunte.

Por fin al cerrar la noche
del siete de Julio, lúnes
y día de San Fermin,
dió sin que nadie le anuncie
en la casa de Don Juan
y casi con él de buces,
Don Diego y dijo: «aquí hay carta
que el chico en la mia incluye

para Marica.»—Hija y padre
se alborotan, piden luces,
y á la de un velon devoran
lo escrito: que se reduce
á nada, ó lo abarca todo,
segun se sonde ó se juzgue.

«Que llegó bien; que su tío
le recibió como á un duque;
que va á llevarle á una mina
que plata á rios produce:
que su tío es muy alegre,
que en su casa se reune
mucha gente, muchas damas,
que se comen muchos dulces,
que se bailan unos bailes
hijos de los andaluces,
repicados, zapateados,
muy movidos y de empuje:
que su compás es tan vivo,
que no hay nadie que le escuche
sin que los piés se le bailen,
y que los cantares crujen
como castañas al fuego:
que su tia le introduce
con todo el mundo; que es rubia
y que se llama Gertrudis:
que le tienen como al pez
en el agua: y en resúmen,
que aquello es un paraiso,
con ángeles y querubes ;

y que á poco que se empeñe,
será tan rico que asuste.

Y luego en una posdata
con que la carta concluye,
dice á Marica que la ama,
que solamente le nutre
la esperanza de volver,
que solamente le aburre
el no tenerla á su lado,
y adios y que le disculpe
si no escribe más, por que anda
sin saber á donde acude.—»

Al concluir de leer,
á Don Diego le relucen
los ojos con la alegría;
Don Juan encuentra muy fútil
todo aquello, y no comprende
por qué sus tios le impulsen
á esperar tantos dineros
sin que trabaje y que sude:
y Marica, hallando suelto
tanto cabo, se confunde
no hallando en la carta un hilo
que en el alma se la anude.

Y pasó un mes, y otro y otros:
la Mariquilla discurre
que con tantas novedades
es natural que se turbe,

con tan felices promesas
muy fácil que se deslumbre,
y que esperanzas tan fáciles
es preciso que le ofusquen:
suspendió, pues, su mal juicio
sobre aquel desbarajuste
de ideas y de impresiones
que de la carta resurte.
Marica, que aunque sencilla
es muchacha de cacúmen,
calcula lo que en el ánimo
del pobre Fermin influye
el completo y repentino
cambio de país, costumbres,
esperanzas y proyectos,
que le admiran y seducen.
Algo hay que la alarma un poco,
en lo á que la carta alude:
algo que aún inapreciable
la desorienta y la aturde.
Fermin, hablando de todo
lo que ve y piensa, descubre
más ambición que cariño:
pero á la par se la ocurre
que si hacer allá fortuna
para casarse es lo que urge,
natural es que sea eso
lo que más le preocupe.
Don Juan no suelta palabra,
mas puede que disimule

lo que piensa, y algo duro
de tragar puede que rumie.
Don Diego, á quien poco importa
que su hijo á su amor renuncie
ó nó, con tal de que pronto
haga fortuna, y le ayude
á restablecer la suya
con lo que en Méjico lucre,
no anda con Don Juan en muchas
atentas solicitudes.
A más de que se recela
que ruin rencorcillo encubre
contra él, por haber querido
que sus rentas se regulen
una por otra; y si un día
Fermin á dó aspira sube,
para aceptarle la chica
será menester que puje.

Y van trascurriendo meses,
y el tercer año transcurre,
y las cartas de Fermin
dicen... y á la gente aturden.
«Que está bueno; que no hay nada
que sus tios le rehusen;
que le tienen como á un hijo;
que le obligan á que estudie
é intervenga en sus negocios
y asiduamente se ocupe

de ellos, y á lo que parece
su heredero le instituyen.
Que monta hermosos caballos;
que en roperos y baúles
de cedro y sándalo tiene
su equipaje: que reasume
la autoridad de su tío,
en cuyos negocios múltiples
le representa, y su firma
con la suya sustituye.
Que ha hecho de él un personaje,
y que adopte y que se ajuste
á lo que su estado exige:
que anda con lo más ilustre
de la juventud de Méjico;
que semanalmente acude
del Virey á la tertulia
con sus tíos, y trasluce
que tienen algun proyecto,
al que quieren que coadyuve,
para elevarle de un salto
de la fortuna á la cumbre.
Que su tío es millonario,
y que el Virey se conduce
con él cual si de ambos fueran
los intereses comunes.
Que con su favor no hay nada
ya que se le dificulte;
que no le conocieran;
que ha variado de costumbres,

de lenguaje y de modales;
que ya por más que le busquen
no hallarán al Fermin de antes,
que no queda ni vislumbre
de él; y en suma que es tan otro,
que ya ni se le figuren.»

Esto escribe el hijo, y esto
cuenta el padre; aunque presumen
muchos que el padre y el hijo
ensartan muchos embustes.
Mas corroboran sus dichos
hechos que á creer inducen
que no les falte dinero,
aunque de él tanto no abunden.
Fermin á Marica envia
Vírgenes de Guadalupe
de oro y de ámbar: esculturas
de plata copeya, cruces
de ágata y de malaquita
en primorosos estuches,
chocolate de Oajaca,
de Tehuacan fruta en dulce:
mas... ni una dulce palabra,
ni una frase que la augure
próxima ó remota vuelta:
nada que en su amor se funde:
nada que lo prometido
ratifique ó que formule
promesa ó protesta nueva,
nada que recuerdo acuse

de lo pactado antes de irse,
ni que el porvenir alumbre,
nada de lo que un ausente
jura siempre aunque perjure.

Marica empieza á andar seria:
natural es que la nublen
negras ideas la mente
y el alma la apesadumbren.
Tiene una fija: ahuyentarla
no puede por más que luche
con su razon, y ya teme
tal vez que se la perturbe.
Del ido Fermin la imágen
nunca en su memoria surge
sinó de espaldas: en ella
su faz no se reproduce.
Impresa está en su retina
de espaldas, y se la esculpe
así en el cerebro el ojo:
y por más que la conjure
en nombre de Dios y rece,
no hay manera de que mude
de posicion: es la misma
del catalejo; recurre
en vano á esfuerzos supremos
de voluntad; son inútiles:
la faz de Fermin no puede
hacer ya que se dibuje

en su mente. Es un efecto
de alucinacion, que sufren
los que dejan que una idea
sola y fija les subyugue.
Partió Fermin sin volver
la cara, y ella atribuye
á esta postura el fatal
poder de un presagio lúgubre.
Y anda esquivada de las gentes,
y el baile no contribuye
ya á animar, y deja al vulgo
que de altanera la culpe,
que su amor santo critique,
de su constancia se burle,
en su vida se entrometa
y su porvenir prejuzgue.

Don Juan lamenta en silencio
que así su hija se atribule
y que juicio, vida y alma
en tal pasion aventure:
mas no se atreve á abocarse
con Don Diego, quien rehuye
al parecer su presencia
ó por carácter voluble,
ó por algo que de él cele
y en su perjuicio redunde;
y evita sin duda esquivo
que Don Juan se lo pregunte.

Marica, por más que presa
de negras dudas barrunte
que el bello y frágil castillo
de su ventura construye
en el aire, y que es posible
que el aire se le derrumbe,
no puede créer que Fermin
su santo deber conculque.
Que las yerbas del camino
de la existencia despunte
al pasar, que se distraiga...
sí; pero nó que la injurie
y se deshonre perjuro,
ni cual prenda vieja arrumbe
su memoria y de la suya
su imágen borre ó la ensucie.

Así que un dia resuelve,
por mucho que la repugne,
una carta dirigirle
cuyas razones alumbren
su razon, le hablen al alma
y la conciencia le puncen,
antes que en su alma el veneno
de otro amor se le inocule.

Marica escribió á Fermin:
mas ¿quién la lengua traduce
en que habla el amor? María
su alma en su carta dilúe
gota á gota; y destilándola,
todo el pasado resume,

el presente patentiza
y el porvenir constituye
ante el juicio de Fermin;
y para que en él se inculquen,
le conmina en estas frases,
que con su llanto interrumpe:

«No me abandones: á Dios
»perjuro á tu fé no insultes:
»lo que ante Dios se ata, es fuerza
»que ante Dios se desanude.
»Hemos jurado: nos hemos
»dado prendas que nos unen:
»no lo olvides, ni que pueda
»perjurar yo te figures,
»ni que mi amor ceda nunca,
»prevarique, ni recule,
»ni que con la misma muerte
»se consuma ni se trunque;
»pues si el pesar, tu abandono,
»la fuerza ó el mal me sumen
»en la eternidad... no esperes
»que en tu olvido me sepulte.»

¿Llegó á Fermin esta carta?
No hay nadie que lo asegure:
el mundo sigue rodando:
veremos lo que resulte.

III

Pasó un año más: van cinco;
y en cinco años dan las cosas
muchas vueltas, y cinco años
cambian mucho á las personas.
Don Diego anda muy rumboso
en un buen potro que monta,
haciendo buena figura,
buena vida y buenas compras.
Tiene en su casa de Andrin
emprendidas muchas obras,
y anda adquiriendo pomares
que paga en muy buenas onzas.

Es claro que allá de su hijo
vá la suerte viento en popa,
y de allá viene sin duda
el buen viento que le sopla.
Mas pára poco en Andrin
y por Vidiago no aporta
jamás: dicen que ha comprado
los pastos de las Arriondas
y que está metiendo en ellos
mucho ganado, que exporta

en barcos ingleses por
Gijon y Villaviciosa.

La verdad nadie la sabe:
los á quienes siempre enoja
y da envidia al bien ajeno,
dicen que anda en trapisondas
de créditos y de plazos
con gentes de baja estofa,
de las cuales tanto riesgo
como ganancia reporta.

Los que con buen ojo y calma
ven de otro modo las cosas,
dicen que con tino y suerte
dinero emplea y coloca
en negocios muy seguros,
cuyo lucro no deshonra;
y que tratando en ganados,
con gente baja se roza
por necesidad; pues es
comercio de gente tosca;
mas que por záfia no es vil,
maleante ni tramposa.

Charla de pueblos pequeños
donde la instruccion es poca,
la curiosidad es mucha
y la gente es habladora.

Como quier que sea, ello es
que la fortuna trasforma
á Don Diego, el cual parece
rico, y como tal se porta.

Mas un año há que Don Juan
y él no se ven: si á su novia
escribe Fermin, Don Diego
su correspondencia estorba.
Don Juan le busca y no le halla,
le espera y nunca le topa:
aquel no va ya á Vidiago
y á Andrin Don Juan ir no osa.
Ello hay algo que uno esconde
y otro busca: y á la corta
ó á larga, será fuerza
que se expliquen ó que rompan.

Mariquilla se entristece
más cada dia, y se enfoscá
más Don Juan; y ya mal ambos
su incertidumbre soportan.
Andan el padre y la hija,
aquel torbo y esta sola:
él de su casa á la Iglesia,
ella del pueblo á la costa.
Cuando ella tarda su padre
va á buscarla, y á deshoras
la halla en el *bufon* cantando
y viendo el agua que arroja.
El anda alerta y sombrío
como quien algo no logra
concertar, y ella tranquila,
mas en una idea absorta.
Ella ante su relicario
se extasía y reza á solas:

él limpia á solas sus armas
como si tenerlas prontas
le interesara: ella vive
junto al mar con las gaviotas,
y él encerrado en su cuarto
con su afán y sus pistolas.

¿Esperan ó desesperan?

No se sabe: de su boca
no sueltan palabra alguna
ni uno ni otro: y jamás logran
saber su intencion, por más
que la escudriñan y sondan,
ni el simpático interés,
ni la malicia curiosa.

Pero hay una circunstancia
muy extraña, casi anómala:
segun decae, se desmedra
y se envejece y se encorba
Don Juan, María embellece
y medra y se desarrolla;
nó haciéndose lo que llama
el vulgo una buena moza,
sinó afirmando la fina
delineacion de sus formas,
segun que naturalmente
la niña en mujer se torna.

Tenia al irse Fermin
quince años: pero era toda
espíritu y se nutría
el alma del cuerpo á costa.

Mas la niña diminuta,
en quien la niñez prolonga
con su escasez de estatura
su candidez de paloma,
al sufrir el ya tardío
paso de una edad á otra,
se transfigura y completa;
su vitalidad se colma,
su carne se vigoriza,
su perfil se perfecciona,
sus contornos se modelan
y al modelarse mejoran;
cambiando, en fin, gradualmente
la naturaleza pródiga
á la primorosa niña
en una mujer preciosa.

Lo era tánto aquel capricho
del Criador, que si la fórmula
de su creacion quisiéramos
hallar, tan sólo esta loca
suposicion la planteara:
que fundido en su persona
hubiera Dios el sér doble
de la mujer y la alondra.
Pequeña siempre, mas siempre
como aquella ave canora,
ligera, errante, perdida,
suelta, libre y vagorosa,
era el tipo más poético
más ideal que en sus hojas

pintan de mujer fantástica
las caballerescas crónicas.

Una palidez muy suave
que apenas la descolora,
la da entre el nácar y el ópalo
una tinta deliciosa:
y más que nunca atractiva,
más que nunca encantadora,
con su apostura de sílfide
pensativa y melancólica,
con su acento de sirena,
sus grandes ojos de corza,
su andar gracioso de antílope,
y su tristeza de tórtola,
tiene el aire de una ondina
que, abandonando las ondas
del mar, por algún misterio
entre los hombres se aloja;
de un ángel que desterrado
del cielo, en humana forma
espera á cumplir su pena
para volver á la gloria.

Marica todos los días
va á vagar entre las rocas
donde el mar por el *bufon*
ruge y la comarca asorda.
Aquel lugar, consagrado
de su amor á las memorias,
la atrae como una vorágine;
su tenacidad monómana

la lleva allí; y allí el viento
la curte, el agua la moja,
los piés la hieren las piedras,
la enfria el cuerpo la ropa,
y allí va y vuelve sin tregua,
descuidada, imprevisora,
sin razon de sí, arrastrada
por recia impulsión recóndita
de sí misma, y de algun sino
por fuerza dominadora,
como va á la sierpe el pájaro
y á la luz la mariposa.

Y ya, al ver como va y viene,
cómo vuelve y cómo torna
alrededor de aquel silo,
cuya embocadura cóncava
parece que habla con ella,
ó que ella por allí evoca
algun sér que la responde,
alguna vision ignota
de ignota mitología,
una ficcion incolora
invisible é impalpable,
un espíritu, una sombra,
una voz, una fuerza... algo
cuya atraccion misteriosa
inevitable, fatídica
un dia tal vez la sorba...
ya nadie la denomina
cuando la llama ó la nombra

Marifina y Mariperla,
sinó sólo Mariposa;
y allí á veces la acompaña
su padre, y pasan las horas
él sintiendo, ella cantando
su fé y esperanzas locas.

De los pueblos en cortono
la gente murmuradora,
quién sin piedad, quién con lástima,
quién con pena y quién con mofa,
comenta, critica ó siente
constancia tan extremosa,
á la par calificándola
de extravagante y heróica;
mas todos al par lamentan
que una mujer tan preciosa
se pierda por esperanzas,
que sin esperanza forja.

La fama de su hermosura,
de su constancia la historia
y su cancion del romero
ya popular y famosa,
su nombre han por muchas leguas
extendido á la redonda,
y á verla vienen de lejos
los que de su fé se asombran.
Y ni en recuerdo de vivos,
ni en cuento de muertos consta
que se haya visto en Asturias
mujer más fascinadora,

¡Ay! ni más fatal tampoco,
porque los que se enamoran
de ella, ó á los cielos claman
ó en el infierno se arrojan.

El hijo de un naviero
riquísimo de Santoña,
ciego por ella, á su padre
se la pidió por esposa.
Era el mozo más galan
que hubo entre la gente moza
de la montaña, y el alma
más amante y generosa.

Marica le vió, le oyó,
comprendió su pasion honda
y la nobleza de su alma;
mas le dijo desdeñosa:

«Yo amo á otro: amar es dar
»á quien se ama el alma toda.
»¿Con qué alma he de amaros ya?
»No tengo más que una sola.»

El mancebo no pudiendo
domar su pasion fogosa,
se metió fraile, diciéndose:

«—O ella ó Dios:... ¡si él me perdona!»

Un inglés, á quien en Londres
el spleen inglés acosa,
tan cargado de guineas
que de ellas la cuenta ignora,
que de hastío en todas partes
nadando en oro se ahoga,

y que harto de sus palacios
anda en una nave propia
buscando un sér que le impida
echarse al cuello una soga,
la vió al cruzar por Vidiago
examinando sus costas.
Ella andaba por las breñas
del *bufon*: apercibióla
él con su anteojo de mar;
un rayo de sol que dora,
sobre el cielo destacándola,
su silueta luminosa,
se la presentó como hada
de una leyenda de Escocia.

Imágen de una esperanza
mayor cuanto más incógnita,
echó detrás de ella, echando
del barco á la mar su góndola.
Desembarcó, tomó lenguas,
dió con ella, contemplóla;
quién era indagó, vagó
contemplándola horas y horas
como un niño el vuelo inquieto
de una leve mariposa...
y se cegó, y por el ángel
de su salvacion tomóla.

Nadie más espuesto á hacer
una apreciacion errónea
de la realidad, que un alma
positivista y filósofa.

El hastío de la vida,
la saciedad de su prosa
no llevan más que á cambiar
la verdad en paradoja.
El hombre es carne y espíritu;
quien al espíritu ahoga
en la carne, vive y medra
en la realidad, y goza
de la vida real: mas tarde
ó temprano se ilusiona
de algo espiritual, y de algo
su espíritu se enamora.
Mas como á la realidad
al traerlo se equivoca,
cuando se le huye el espíritu
ve que la verdad es otra.
La verdad es Dios; espíritu,
luz de quien nuestra alma brota:
y el espíritu es el fuego,
y la materia la escoria.

Compró el Inglés una casa
en Vidiago y amueblóla;
se instaló en ella, ofrecióse
á Don Juan: sin ceremonia
le recibió éste en la suya,
y cordialmente ofreciósele.
Trabaron amistad ambos;
Marica siempre obsequiosa
con el Inglés, platicaba
con él, sin la más remota

sospecha de su intencion,
porque era á fé la persona
mejor del mundo: hasta que él
con la más noble y honrosa
buena fé, y una franqueza
y expansion merecedoras
del respeto más sincero,
pero en frase algo estrambótica
por su sintáxis Inglesa
en su palabra española,
pidió á Marica diciendo:

«Su hija de usté perla en concha,
»señor Don Juan; yo cubrirla
»de diamantes de Golconda.
»Yo tengo muchos: he visto
»de Asia, América y Europa
»todas las mujeres: ni una
»me hizo pesteñar: ahora
»yo he visto y amo á su hija:
»la araña ella, yo la mosca;
»si quiere ser mi mujer,
»yo muy rico; y no me importa,
»si ella me quiere, vivir
»aquí ó en Constantinopla.

»Yo muy noble, solo y libre;
»géntleman con las señoras,
»la mia reina en mi casa,
»mi casa templo de honra,
»yo Inglés del honor esclavo:
»vean si les acomoda.»

Y este Inglés, jóven, buen mozo
de pura raza sajona,
tipo de una lealtad
que en hidalgos atesora
cuantas buenas cualidades
en un país culto abonan
al hombre civilizado,
para esposo era una joya.
Como la de aquel Inglés
creó Dios almas muy pocas;
mas bebió en la agua del Támesis
el esplin que le devora.
Sólo una mujer podia
salvarle de esa diabólica
enfermedad suicida,
que al rico Inglés emponzoña.

Marica le vió con lástima
pedirla... (¡horrible limosna
del millonario hastiado
sobre el oro que amillona!)
la vida, el sér, la esperanza,
la fé, la salvacion póstuma,
que ha de perder si sin ella
se vuelve á su isla brumosa.
La pobre niña cuya alma
de aquella al volcan se asoma,
vé que en su lava no puede
echar de agua ni una gota.

»Milord, le dijo, imposible:

»buscad de otro árbol la sombra:

»sondar vuestra alma me espanta,
»dejarla así me desola;
»pero yo tengo la mia
»encadenada con otra,
»y no sé qué va á ser de ella
»si Dios y él me abandonan.»

Comprendió el Inglés que habia
dado con la mujer sola
digna de él; mas que era estrella
que no tenia su órbita
dentro de la suya: y trémulo,
balbuciente, con zozobra
febril exclamó, «¡Imposible.
Imposible!... ¿y una argolla
de esa cadena que os ata
nada hay ni nadie que rompa?
—Nadie, Milord: lo que se ata
ante Dios, solo ÉL lo corta.
—¿Y si el azar lo rompiera?
—Mi vida fuera la rota.
Quedó el Inglés sin poder
el afan que le sofoca
dominar:... mas dominándose
al fin, dijo con voz ronca:
—Me vuelvo á Londres.

—Volveos

á Dios: le dijo angustiada
ella á su vez; mas resuelto
dijo él—«nó: volvamos hoja.»

Y con correccion británica
saludándola, volvióla
la espalda y partió. Marica
por él sintió una congoja
profunda y dijo: «¡qué Dios
tenga de él misericordia!»

Ante estas dos negativas
quedóse la gente atónita:
y cuando lo supo dijo
Don Diego: «¡Vaya una tonta!»

IV

Es una historia tristísima:
pasaron tres meses más:
Marica y Don Juan vivían
cada vez con más afán;
mas callaban esperando
en silencio cada cual
algo, que á cambiar viniera
su incertidumbre en verdad.
Una verdad que no osaban
á ninguno preguntar,
y que excepto ellos temían
que sabían los demás.
Las gentes con quienes daban
les miraban al pasar
y saludaban de un modo
que les sentaba muy mal.
Parecía que nadie
les daba franca la faz,
y que todos la palabra
les querían esquivar.
¿Qué había en derredor de ellos?
¿por qué emanación letal



de su palabra el aliento
no querían respirar?
Y los dos encastillados
en su propia dignidad,
en su aislamiento esperaban
en Dios y en algún azar.
Una tarde, ya al crepúsculo,
se volvían del breñal
á su casa padre é hija,
cuando sintieron detrás
de sí sobre la calzada,
muy sostenido é igual,
el galope de un caballo
que avanzaba; y á la par
echáronse padre é hija,
por instinto natural,
á la vera del camino
para dejarle pasar;
pero al conocer, volviéndose,
al del caballo Don Juan,
de la estrecha carretera
el centro volvió á ganar:
y al llegar á él el jinete,
echando la mano audaz
á las bridas del caballo,
le obligó en firme á parar
diciendo: «pues no se os halla
»sinó por casualidad,
»no quiero yo perder esta,
»señor Don Diego»—¡Voto á...!



exclamó el jinete, alzando
 la fusta para vengar
 en su atajador osado
 un atrevimiento tal,
 mas conociéndole díjole:
 «á no ser vos!»...—«escusad
 dijo Don Juan, mi mal modo,
 «pero tenemos que hablar.»

Y soltando el de Noriega
 la brida del alazan
 de Don Diego, así entablaron
 el diálogo: en que á terciar
 no llegó pero sí á oír
 Marica; quien ¡ojalá
 que no oyera lo que allí
 oír la hizo Satanás!

D. Juan Tres años há que no entiendo
 vuestro proceder falaz
 con nosotros: hay pendiente
 un compromiso formal
 entre nuestros hijos ¿qué es
 del vuestro?

D. Diego ¡Dios mio! ¿estais
 en eso aún?

D. Juan ¿Cómo nó?

D. Diego Pues ¿no sabeis...?

D. Juan ¿Qué?

D. Diego Que está
 ya hace dos años casado
 Fermin.

- D. Juan ¡Casado!
- D. Diego Y no mal:
su mujer es propietaria
de unas minas que les dan
millones: en la parroquia
no hay quien no lo sepa ya,
y creí...
- D. Juan Pero ¡y mi hija!
¿y su juramento?
- D. Diego —¡Báh!
cosas de chiquillos: eran
ambos menores de edad.
- D. Juan ¿Pues no les dimos nosotros
nuestro asenso paternal?
- D. Diego Sin duda: mas vos entonces,
no les quisisteis casar,
y él se fué... é ir le dejamos...
y van seis años... y allá
hay muchas novias muy ricas...
la cosa era natural.
- D. Juan No sinó villana, indigna,
y falta de probidad.
- D. Diego Señor Don Juan!
- D. Juan Mi hija guarda
su fé incólume, y á dar
me vais razon de una afrenta
tan traidora y desleal.
- D. Diego Pensadlo, Don Juan, mejor:
si fuera del mundo andais
y no sabeis con el mundo

vivir...

D. Juan Yo sé ser veraz
y sostener mi palabra:
debíamos esperar,
y esperamos.

D. Diego Mas seis años...
cuatro sin cartas... ¿señal
no era bien clara de que él
lo dejaba caducar
todo?

D. Juan Mientras que conserven
ambos prendas...

D. Diego ¡Voto á San!
¿quién habia de creer
semejante terquedad?

D. Juan ¿Y quién que fuera el dinero
vuestro móvil nada más?

D. Diego Mas si vos, Señor Noriega
fuisteis el que nivelar
quisisteis la hacienda de ambos,
y él por eso se fué allá.

D. Juan Y allá en cuanto vió dinero...

D. Diego ¡Y á quién teneis que envidiar
vos ahora, que teneis
más millones que el sultan!

D. Juan ¡Aun os mofais!

D. Diego ¿Pues no os trajo
el escribano Don Blás
hoy un pliego?

D. Juan Nada he visto

D. Diego ¿Por qué vivis junto al mar
siempre como las gaviotas?
Vaya, en vuestra casa entrad,
id lo que os envia Dios
por vuestra chica á tomar.
El inglés se ahorcó por ella,
y en documento legal
la deja por heredera
diz que de una enormidad.

D. Juan ¡Estais en vos!

D. Diego Por la chica
vais á ser vos un Nabab
¡Vaya una estrella que tiene!
Si quereis, podeis comprar
de aquí á Llanes todo el Valle;
y si á la corte llevais
á vuestra hija, lo que es
novios no la han de faltar.»

Y así diciendo, Don Diego,
espoleando su alazan,
estupefacto dejóle
de la calzada en mitad.
Habia anochecido en esto:
y por la mano Don Juan
tomando á su hija, llevósela:
y ella se dejó llevar.

V

Todo era verdad: mas era
una tristísima historia.
Don Juan halló el testamento
del Inglés sobre la cómoda;
pero al volverse á su hija,
que entre la nocturna sombra
desde la calzada habia
venido tras él, hallóla
pálida, muda é inmóvil,
como sin conciencia propia,
como ajena á la existencia,
como un insensible autómeta.
La habló, la movió; en sus brazos
la tomó, y acaricióla
como á una niña á quien mece
para dormirla su rolla:
la dió los besos más tiernos,
los nombres más dulces dióla,
los más íntimos abrazos
con la agitacion más honda:
mas todo el mimo extremo
del padre arrancar no logra

ni una lágrima á sus ojos,
ni una palabra á su boca.
Como una escultura inerte,
que como quiera la ponga
deja-á su padre; que, al verla,
de verla así se acongoja.

El viejo infeliz comprende
cómo en su espíritu obra
la certidumbre del hecho
que dudar pudo hasta ahora;
y teme que entre sus brazos
exhale su alma amorosa,
ó que al desprenderse de ellos
se la arranque el pesar loca:
y así en brazos de su padre
pasó de angustia una hora,
del presente y del pasado
sin conciencia y sin memoria.

Al fin vagó una sonrisa
suavísima y melancólica
por sus labios; y dos lágrimas
turbias, ardientes... dos solas,
de acibar del corazón
dos amarguísimas gotas,
anublando sus pupilas,
quedaron titiladoras
temblando de sus pestañas
entre las hebras sedosas,
hasta que voraz el aire,
sin dejarlas caer, secólas.

Volvió en sí la pobre niña;
pero quebrantada y rota,
como quedan los que sufren
convulsiones espasmódicas.
Observábala su padre
con atención recelosa
de una crisis, que podía
ser mortal ó salvadora;
mas la niña enamorada
del pesar que la desola
no dió la señal más mínima:
Dios acaso la conforta.
Besó á su padre en silencio,
y asiendo la palmatoria
que estaba sobre la mesa,
se fué en silencio á su alcoba.

¡Líbrenos Dios de pesares
que el llanto no desahoga,
que no alivian los suspiros
y los ayes no pregonan!

Don Juan vió con grande asombro
la paz con que el suyo toma,
y concibió una esperanza
que ser pudiera ilusoria.
Esperó del mismo brio
de aquella avasalladora
pasion, de un esfuerzo noble
de voluntad poderosa,
del amor propio ofendido,
de las consecuencias lógicas

de los hechos consumados,
una reaccion tan pronta
como habian sido tenaces
su fé y su constancia heróicas:
esperó, en fin, un extremo,
pues los extremos se tocan.
Dejóla ir, pués; y pues siempre
vivió concentrada y sola,
tal vez encuentre ella misma
la triaca á la ponzoña.
Tal vez el sueño la venza
y el reposo la reponga,
y al despertarse mañana
se despierte ya muy otra:
y en vez de desesperarse
por ver su esperanza rota,
tal vez con su porvenir
y con su pasado rompa.
Don Juan, fiado en su calma,
que aparente ni engañosa
debe suponer, supuesta
su sencillez de paloma,
espera que pues la ruda
primera impresion soporta
sin la primera extremada
exaltacion, fuerza es que oiga,
fuera del primer peligro,
la voz tranquilizadora
de la razon que discurre
y el deber que reflexiona.

Don Juan, en fin, aunque lejos
de ver de color de rosa
el porvenir, á aclararse
comienza á verle á sus solas,
segun comienza á echar cuentas
y á atar cabos: y razona
consigo mismo trabando
monólogo en esta forma.

«Mi hija es aún una niña;
»más que por su edad aún corta,
»por la inexperiencia de
»su vida aislada y monótona.
»Yo por ella he descuidado
»la administracion metódica
»de mi hacienda, con Don Diego
»pensando en armar camorra.
»Mas Don Diego ¿qué me ha hecho
»á mí ni á mi hija?—Otra esposa
»tomó Fermin allá en Méjico:
»villanía fué, y deshonra
»fué para él que perjuró
»nada más: mas si juiciosa
»Marica bien del perjuro
»vé la conducta traidora,
»dará á Dios gracias de haberla
»librado á un alma tan sórdida
»de unir la suya tan noble;
»y aunque de algun tiempo á costa
»y á costa de algunas lágrimas,
»de su pasion extremosa

»guardará sólo un recuerdo,
»y el tiempo todos los borra.
»Además un refran dice:
»que la mancha de una mora...
»y otro dice que á rey muerto...
»y Mariquilla es hermosa,
»no tiene áun veinte y dos años,
»y no está la tierra toda
»reducida á Asturias: ya
«lo dijo Don Diego, ahora
»sobraránla novios: Dios
»á los suyos no abandona.
»¡Pobre Inglés! ¡qué fin tan trájico
»para alma tan generosa!
»lástima que Mariquilla
»no le quisiera—(*registrando el pliego.*)
»Dos hojas
»tiene sólo el testamento.
»(*leyéndolo*) ¡Infeliz! otra persona
»no tenia á quien amara
»en este mundo... ni otra
»con quien vínculos de sangre
»le unieran... á nadie toca
»legalmente ni un ochavo
»de fortuna tan monstruosa.
»Y todo está terminante,
»sin trabas: todo denota
»su prevision, su absoluta
»voluntad... «para que escoja

» marido á su gusto... ó viva
» independiente y disponga
» de lo heredado á su antojo,
» lo dé ó lo queme... » ¡estrambótica
» idea! pero qué ¡alma,
» qué fé tan caballerosa!

» Yo por mí... ¡quíá!—mas por ella:
» pues la Providencia próvida
» nos lo depara... y no hay
» daño ajeno... y no sonroja
» lo bien hallado... yo acepto...
» y hasta que sea señora
» de sí misma mi pobre hija
» lo ignorará. Solo incóa
» en mí autoridad sobre ella.
» Marica puede que oponga
» que es el precio de su vida;
» mas aún es menor... y sorda
» á cuanto dijo Don Diego
» menos á lo de la boda
» de Fermin, no atendió á más
» y lo de la herencia ignora.
» Yo me las compondré solo,
» el dinero nunca sobra.
» Si: mañana me la llevo
» á Madrid: y si la enoja
» Madrid á donde la plazca;
» toda España, toda Europa,
» todo el mundo á su capricho
» la puedo hacer que recorra,

»con tal de que se consuele
»y olvide y sea dichosa.
»Si: acepto, y mañana... ¡fuera!
»¡que más no vea estas costas,
»donde siempre zumba el viento
»y rugen siempre las olas!
»¡Que no vea más ni trate
»más con esta gente tosca,
»que de su amor se ha reido
»y al otro por rico abona.
»¡Vaya si acepto! que sea
»millonaria... por remota
»que esté la tierra que elija,
»la compraré una corona
»si la quiere—¡y la del humo!
»¡fuera de aquí!—un saco de onzas
»en el arzon y á caballo:
»así como así ella monta
»como un dragon: me la saco
»sin equipaje y sin ropa
»como á paseo, y de un pueblo
»á otro... ¡al nuestro, mamola!
»¡Pobre hija de mis entrañas!
»duerme, mañana á estas horas
»comenzarás otra vida
»mejor en mejor atmósfera.»—

Y así á sí mismo diciéndose
Don Juan, encierra en la cómoda
del Inglés el testamento;
va en puntillas á la alcoba

de su hija á escuchar, y todo
creyéndolo en sueño, sopla
el velon, se acuesta á oscuras
y se duerme sin zozobra.

—¿Quién ha de culpar á un padre
que lo olvida y lo ambiciona
todo, y sobre todo pasa
por una hija á quien adora?

Dios le dió un sueño tranquilo:
cuando despertó, en las copas
de los castaños ya el sol
reverberaba, y la aurora
iba ya léjos: Don Juan
de su modorrera insólita
se extraña y se viste aprisa,
y á medio vestir se asoma
por la vidriera entornada:
mira, escucha... y ni una mosca
siente en su casa: y silencio
tan absoluto le azora.

Corre á la alcoba de su hija:
no está en ella: cuidadosa
ha recogido su cama
como siempre: él lo inspecciona
todo y todo lo halla en orden:
sólo ella falta. Interroga
á los criados, ninguno
sabe de ella: aunque no asombra

su ausencia á nadie, sabiendo
que mil veces abandona
la casa rayando el alba:
mas ya á Don Juan no acomoda
aquella vida de su hija,
y él mismo encaparazona
su caballo, y á buscarla
se encamina hácia las rocas
del bufon: recorre atento
sus vericuetos, sus lomas
sus tojos y sus breñales:
la llama, y su voz prolonga
lúgubre el eco, sin que ella
se presente ni responda.

No está allí: se habrá ya vuelto
á casa: á ella se torna,
mas no ha vuelto, y en su alma
un vago recelo brota.
¡Dónde habrá ido?... ¿Si á Andrin
de pormenores curiosa?
Corre á casa de Don Diego,
y su demanda le colma
de asombro; nadie la ha visto
por Andrin: Don Juan se informa
de todo el mundo, y ninguno
razon le da: y le acongoja
la duda, le angustia el miedo,
y la inquietud le sofoca,
y siente invadirle el vértigo,
mas no se descorazona.

El encontrará su huella:
paga para que recorran
la comarca á cuantos quieren
servirle: requisitorias
pide al alcalde que mande
por todas partes: y llora
y reza, á Dios y á los hombres
pidiendo que le socorran.

Y pasa el dia, y la tarde
trascurre, y el sol tramonta,
y el crepúsculo se espesa,
y la noche cierra lóbrega...
y la media noche avanza...
y Don Juan, á quien devora
la fiebre... ya con la vista
extraviada, la faz roja
por la congestion sanguínea
que al cerebro se le agolpa,
ve que su vida se acaba,
y su agonía se dobla
porque á la luz de su vida,
que siente á apagarse próxima,
no viene la hija de su alma,
no acude su Mariposa.

¡Ay! ¿Y qué es de ella?—¿Quién sabe!
La Ondina que se halló sola
en la tierra, hija del agua,
tal vez se volvió á las ondas.
¿Quién sabe?—El ángel que vino
la tierra en humana forma

á habitar, tal vez su pena
cumplió y se volvió á la gloria.
¿Quién sabe? el mundo está lleno
de misterios, que son obra
tal vez de la fé divina,
tal vez de ilusion diabólica.



TERCERA PARTE

VUELTA



VUELTA

I

TODO en la tierra se olvida,
todo el tiempo lo confunde,
todo cae, todo se hunde
en la nada con la vida.

Quien muere... ¡á la eternidad!
quien trás él queda... ¡á vivir!
mas ¿quién sabe con verdad
cómo y cuándo ha de morir?

Mientras le viene siguiendo,
nadie sabe hasta que cae
en la eternidad, viviendo,
lo que la muerte le trae.

Fuerza, juventud, riqueza,
preciso que vivais es
con Dios sobre la cabeza,
la tumba bajo los piés.

Eso es la vida; eso el hombre:
ir unos de otros en pós,
dar al olvido hasta el nombre:
pero al morir, dar con Dios.

Todo en la tierra se olvida,
todo el tiempo lo confunde,
todo cáe, todo se hunde
en la nada con la vida

Dos dias vive la rosa,
dos noches el tulipan.....
¿Quién piensa ya en Mariposa?
¿Quién se acuerda de Don Juan?

Dos años há que se fueron:
dos dias de ellos se habló...
con las hojas que cayeron
el aire se los llevó.

Mas nadie ande con descuido
en los muertos sin pensar,
que hay muertos que en el olvido
no se dejan bien echar.

¡Báh! nadie vuelve: la llave
de las tumbas guarda Dios.
Ninguno ha vuelto.—¿Quién sabe?
Se cuenta de más de dos.

II

Ninguno vuelve jamás:
pero los que bien les quieren
á mirar á los que mueren
vuelven los ojos atrás.

Nosotros, los que escribimos,
en el papel que entintamos,
de muchos nos acordamos
y áun á algunos revivimos.

Yo no me quiero mover
de Vidiago sin contar,
en lo que vino á parar
aquel primor de mujer.

Don Juan en su hora postrera,
como noble y buen cristiano,
tuvo médico, escribano
y cura á su cabecera.

Lo del Inglés aceptó
para su hija, si volvía,
y en Lóndres lo retenía
el juez á quien se fió.

Don Juan por testamentarios
dejó en legal escritura
al escribano y al cura,
de su haber depositarios

y de su hija curadores;
y los dos, de ella en ausencia,
legalmente de la herencia
son los administradores.

Mas la chica... se perdió:
y la opinion popular
aceptada era que al mar
ó se cayó ó se tiró:

no se pudo averiguar
qué fué de ella: no volvió,
ni se pudo, si se ahogó,
de su cuerpo el rastro hallar.

El cura y el escribano
administran en conciencia
de Mariposa la herencia,
aunque aguardarla es ya en vano

sin duda alguna; mas créen
que, mientras no está probada
su muerte, debe esperada
de ser; y á todo provéen.

De la casa, que es muy buena,
fué de lo que desde luego
se ocuparon, y á Don Diego
se la ofrecieron. Sin pena

lograron de él que á vivirla
viniera, en arrendamiento
tomándola: con intento
tal vez despues de adquirirla

si más tarde se vendiera;
pues quiere en Vidiago casa
Don Diego, porque no pasa
por Andrin la carretera.

Don Diego, pues, la arrendó;
y ó porque mal no se arguya
de él, ó por darla por suya
ya, como tal la cuidó.

Y ya por falta de espacio
para su trato ó por loco
capricho, fué poco á poco
haciendo de ella un palacio.

Cambió en clara galería
su mezquino ventanaje,
y apoyó un gran balconaje
en una esbelta arquería.

Convirtió el huerto en jardín,
y tras él un prado abierto
compró y cercó, é hizo un huerto
y un pomar; la casa en fin

sufrió tal transformacion
y es tan otra de lo que era,
que si vuelve la heredera
no va á hallar su posesion.

Lo exterior, bien entendido;
porque entorno la ha ensanchado,
pero la antigua ha dejado
dentro de lo construido:

de modo que, si volviera,
su casa en palacio hallara
trocada; pero encontrara
entrando en él la heredera

todo como lo dejó;
lo antiguo á lo nuevo anejo,
su cámara con su espejo
de vestir: cuanto ella usó

en roperos y en almarios
metido: y la de Don Juan
y la suya, que aún están
con sus muebles ordinarios.

Capricho de rico, ó acto
de respeto á lo que fué,
todo está en el mismo pié
con el orden más exacto.

Del tráfago á lo exterior
relegó sus dependencias
Don Diego, y las asistencias
del servicio á lo interior.

Desde allí escribió á su hijo
todo lo que habia pasado;
y él su vuelta le ha anunciado,
aunque sin término fijo,

en dos ó tres cartas ya,
y ya Don Diego le aguarda
dos meses há; y como tarda,
ya inquieto por él está.

Mas no viene aquí á instalarse,
nó; sinó á dar un abrazo
á su padre y un vistazo
al pais: á refrescarse

la memoria de su infancia
con los recuerdos, y aliento
á tomar del patrio viento,
respirando la fragancia

de sus yerbas campesinas,
sus castaños y nogales,
y los efluvios vitales
que traen sus áuras marinas.

Viene como un millonario,
que entre uno y otro negocio,
va á tomarse un mes de ócio
en su hogar hereditario.

Viene como un gran señor
á ver su pueblo y familia,
á quienes gracioso auxilia
y al venir hace favor;

y viene porque Don Diego,
al darle de todo aviso,
le dió por sin compromiso
yá, y exento desde luego

de encuentros inconvenientes
y retrospectivas fútiles;
que siempre, por ser ya inútiles,
paran en impertinentes.

Viene, en fin, por la jactancia
natural y vano empeño
de ir á donde fué pequeño
de grande á darse importancia.

Con qué, tras largas esperas
desembarcó en Santander,
y llegó á todo correr
en un coche de colleras.

Salió todo el mundo á verle;
vinieron todos á darle
la bienvenida, á abrazarle,
felicitarle y molerle.

De Riego, Puertas, Andrin,
y de Buelna y de Pendueles,
vinieron cien siempre fieles
amigos de Don Fermin.

El acogió sin desden
á todos franco, jovial,
y afectuoso: con lo cual
pareció á todos muy bien.

Y parecerlo debía;
porque á fé que daba gozo
verle hecho todo un buen mozo
y con el tren que traía.

Volvia gordo y crecido,
patilludo y bien plantado;
en suma, como anunciado
lo habia él: desconocido.

Dejáronle libre al fin:
y en su casa se metió;
y en Vidiago y en Andrin
toda la noche se habló
de la vuelta de Fermin.

III

Don Diego, desde que vino
á Vidiago á establecerse,
simpático supo hacerse
con todos por buen vecino;

y cuando en viaje no andaba
por su tráfago y asuntos,
á uno ó á los tres juntos
á su mesa convidaba

tres amigos cada dia:
al cura Don Gil Merás,
al escribano Don Blás
y al doctor Don Luis de Eguía.

La noche, pues, que llegó
cenó Fermin con los tres,
y de Méjico después
de sobremesa se habló.

Fermin se habia hecho otro hombre
del que fué muy diferente;
no traia, era evidente,
del que se fué más que el nombre;

prudente, atento, formal,
de esmerada educacion,
de séria conversacion,
en suma, un mozo cabal.

Expuso con mucho tacto
su posicion con su tio;
que era alegre, pero frio
en los negocios y exacto

por demás: de gran sentido
práctico, de muy profundo
conocimiento del mundo
y del corazon: metido

en la sociedad de fuero
y blason por su nobleza
astúr, y por su riqueza
minera en la del dinero.

Fundó su condición braba
y teson autoritario
en el rigor necesario
con la gente que empleaba;

y explicó su casamiento
como el más sencillo caso,
y el solo y preciso paso
para su establecimiento.

Su mujer, dijo, era hermana
de la de su tío, y era
de las dos la mina entera
con que aquel millones gana.

Dijo el tío: « de dos una :
» ó la tomas por mujer,
» ó á Asturias te hago volver
» á que chifles á la luna. »

« Mucho en verdad me costó ;
más de año y medio luché...
creo que decir por qué
no necesito aquí yo. »

Y dijeron todos — « no »
y él dijo — « así me casé »
y de ello más no se habló,
y no habia para qué.

Y el cura, que es campechano,
y el doctor que bebe mucho,
y Don Blás que muy machucho
tampoco es, aunque escribano,

brindaron por su mujer,
y volvieron á brindar,
y estaban en tren de estar
brindando hasta amanecer.

Mas Fermin, que era muy otro
del que era á Méjico al ir,
dijo que se iba á dormir;
y era que estaba en un potro

temiendo á su padre ver,
y con él á amigos tales,
de juicio poco cabales
por honrar á su mujer.

Salvóse, pues, el honor:
y de allí calamucano
no salió ni el escribano,
ni el capellan, ni el doctor.

Padre é hijo se cerraron
en su cuarto cada cual:
pero Fermin durmió mal;
mil recuerdos le asaltaron

en aquel cuarto en tropel.
¿Por qué su padre vivia
en una casa en que habia
tántos tristes para él?

IV

En el corazon humano
no ve nadie más que Dios,
y ésta es una historia oscura
porque lo es del corazon.
Fermin se fué por dinero
para lograr el amor
de una mujer, y con otra
en Méjico se casó.
Segun dice luchó un año
y medio con su pasion:
año y medio... no fué mucho;
su tio se la apagó
en el pecho en donde ardia,
con un soplo tan traidor
como constante y seguro
por su fija direccion.
Su tio era un tio antiguo
para quien no habia—nó—
de los del antiguo régimen,
de carácter y teson:
aunque era manso y flexible
cuando le iba bien y en pró.
Su tio le dijo:—«es fuerza
darte nueva educacion:»

y hora por hora tres años
en educarle empleó
á su modo: no dejándole
la más leve aspiracion
propia de él, ni tener suyo
el pensamiento menor,
ni un instante sin asidua
y precisa ocupacion.

Halagando su esperanza
é inculcándole el temor
de perderse él y á su padre,
que al enviarle en él fió,
hasta le dictó sus cartas
de estilo y de correccion
con pretexto; y explotando
su amor filial, le fundió
y le amoldó; y otro haciéndole,
por interior y exterior,
le dió otra forma y espíritu:
hasta que ni vió, ni oyó,
ni pensó más que á su antojo:
y echándole en el turbion
de los negocios, haciéndole
viento coger y favor
á su sombra y á su nombre,
y su orgullo y su ambicion
fomentando, él inconsciente,
á sí se le asimiló:
de él hizo un socio forzado,
mercantil, calculador,

frio, práctico, hecho en todo
á ver la especulacion,
á buscar la utilidad,
á seguirla ojo avizor,
con constancia, sin caer
en falta ni en distraccion,
sin dejarse seducir
por nada alucinador;
y cuando fué lo que él quiso,
un otro él, él uno en dos,
el tio con su cuñada
y su caja le casó;
y él se cargó con la mina
de que propietarias son
las hermanas, y de que él
fué el único explotador,
Fermin el único socio,
sus dos nombres la razon
social, y las dos hermanas
dos peces en red de amor.
Si Fermin de amor guardaba
un recuerdo, una ilusion,
un átomo... con sus besos
su mujer se lo quitó;
de él le lavó el alma el cura
con su santa bendicion,
y el primer hijo, el pasado
de su memoria borró;
y el corazon que tenia
perdió con el viejo amor.

Todo ello muy natural,
muy comun, muy en razon,
muy conforme con las leyes,
con el mundo y con su honor...
mas ¿por qué diablos volver
á Vidiago imaginó
Fermin, si allí hallar podia
otra vez su corazon?



Don Diego inconscientemente,
á Fermin aposentó
en la cámara que fué
de Marica habitacion.
Fermin debió de dormir
mal; porque se levantó
temprano, ojeroso, pálido
y por vaga distraccion
dominado; durmió poco,
bebió agua pura, y no habló
más que lo de que en la mesa
hubo de hablar precision.
Pasó el dia en visitar
los amigos que dejó
y los que adquirió su padre
al cambiar de posicion.
Anduvo á pié y á caballo,
y si no en su buen humor
se repuso, el ejercicio
cási le tranquilizó.

Don Diego á sus comensales,
por procurar distraccion
á Fermin, diariamente
que vinieran suplicó
á su mesa; y de los cuatro
amigos la reunion,
la vaguedad de Fermin
de disipar acabó.

Dos dias así pasaron;
el tercero, casi el sol
despuntando, de su casa
salió Fermin como en pós
de aire y luz; echó al azar
y sin fija direccion
por el pueblo, del cual pronto
como es pequeño salió:
y como una cordillera
acota la poblacion
por un lado, por el otro
naturalmente tiró.

Tampoco allí el campo es llano,
mas no hay por allí espesor
de árboles, y allí se abarca
un ancho y doble giron
de cielo y tierra, y del mar
se oye el cercano rumor,
y se respira una atmósfera
que vivifica el pulmon.
Iba Fermin sin mirar
á donde, á su alrededor

hallando en peñas, breñales
y sendas una porcion
de objetos que conocidos
le eran, y que á su anterior
existencia trasportando
iban su imaginacion.

Por mucho que al hombre cambien
de la fortuna el favor,
la ausencia, el tiempo, los vicios,
cuanto implica variacion
en su sér, conserva siempre
por el sitio en que pasó
su niñez y juventud
tierna é íntima afeccion:
y Fermin iba sintiendo
de un tiempo ¡tal vez mejor!
mil recuerdos que bullian
de su mente en un rincon.

Así inconsciente sin rumbo
y ensimismado vagó,
viendo y oyendo del mar
el murmullo, y del chirrion
que sigue la carretera
el chirrío, y del pastor
el silbido, y el cencerro
del jato que muje en pos
de su madre, y la campana
del ángelus, y el rumor
del maizal cuyas hojas
el zéfiro jugueton

besa y mece; y sobre él pasa
el cuervo picoteador
sin verle, ni á la gaviota
que imitando al alcyon
en la espuma de las olas
se deja ir, ni la flor
que pisa en su imaginaria
retrospectiva abstraccion.
Y cabizbajo, los brazos
suspendidos sin vigor,
sin percepcion ni conciencia
de sí mismo, se paró
maquinalmente en un sitio;
y como si una atraccion
oculta le retuviera
allí, allí permaneció
torbo, inerte, á sus ideas
dando en tal divagacion
libertad, y errar dejándolas
como exhalado vapor
de su espíritu en los ámbitos
de esa infinita region,
de la eternidad vestibulo,
velo de la faz de Dios:
y allí estaba de pié, inmóvil
y mudo, cuando veloz
cruzó una ráfaga el mar
y sus ondas encrespó.

Al mismo tiempo tras él
un bufido aterrador,

un espantable baladro,
un rugido hondo y feroz,
parecido al repentino
resoplido de un leon,
de debajo de la tierra
sacudiéndola salió.

Volvió en sí, volvió espantado
la cabeza á tal fragor,
reconoció el sitio: estaba
á la boca del *bufon*.

Avanzaba la marea,
la ráfaga se creció
á vendabal, el nublado
vino á oscurecer el sol:
y del *bufon* en el fondo,
del agua entre el borboton,
oyó clara, inconfundible
con ningun otro rumor,
resonar lenta, tristísima
del romero la cancion.

- «La miel del amor primero
»del cielo tiene sabor.
»La abeja la flor le liba al romero
»zumbando en redor.
»Ven, ven, que te espero aquí con mi amor.

»Yo contra tu olvido espero
»que Dios me dará favor.

- »La abeja la flor le liba al romero
»zumbando en redor.
»Ven, ven, que te espero... te espero... te espero
»aquí con mi amor.»

Fermin oía espantado
brotar y hundirse este són
con el agua.—;Era Marica
quien cantaba... era su voz!
¿Dónde estaba? ¿Allí? Imposible:
barre el mar el socabon,
no hay entrada ni hay salida,
ni hay vital respiracion
en aquel antro... no hay vida
posible allí... y la cancion
suena y suena, y él escucha:
es ella, sí: su razon
con los sentidos en lucha
no da con explicacion.
Y escucha, y escucha.—;Es ella
ó su espíritu!— En redor
de Fermin comenzó el mundo
á girar... y aquella voz
seguia cantando, y él
oyéndola con pavor...
hasta que el frio del miedo
de sentidos le privó.



Dos horas después entraba
trémulo en su habitacion:
su padre le dijo «¿quieres
algo?»—y él le dijo—«no.»

V

Pasó aquel y el otro dia:
pasó Fermin uno en cama;
y el ver que lo que tenia
decir á nadie queria,
de todos la atencion llama.

Quísole el doctor pulsar,
y hablarle á solas el cura:
mas fué inútil porfiar,
él no quiso confesar
pecado ni calentura.

La tercera noche, estando
los cinco de sobre mesa,
así dialogo entablando
con su padre, y así dando
á los cinco gran sorpresa,
dijo Fermin: —Me voy.

D. Diego ¿Cuándo?

Fermin Mañana.

D. Diego ¿Por qué tal priesa?

Fermin No quiero estar aquí más.

D. Diego Pero ¿por qué?

Fermin Porque nó.

D. Diego Pero ¿tan mal aquí estás?

Fermin Muy mal.

D. Diego Pero ¿a dónde vas
y por qué así?

Fermin ¡Qué se yo!
mas he de irme sin remedio
de aquí.

D. Diego Pues ¿qué te da tedio
aquí? ¿Es el país? ¿La gente...
yo?

Fermin Nadie absolutamente:
mas me voy.

D. Diego Pero ¿no hay medio
de enmendar lo que te enoja,
de apartar lo que te estorbe?

Fermin Padre, doblemos la hoja:
no es causa que está en el orbe.

D. Diego ¡Dios!

Fermin El es.

D. Diego ¿Quién es?

Fermin No sé:

pero me auyenta de aquí,
y aquí jamás volveré:
y es... ¡qué no sé dónde iré
que no venga tras de mí!

Y sin pasar adelante
ni dar datos más exactos,
Fermin se cubrió el semblante;
quedando ante él un instante
los demás estupefactos.

Pero todos consolándole
á porfía y apremiándole
para que hablara, así al fin
á los cuatro, que escuchándole
callaban, dijo Fermin:

«Llegando junto al *bufon*
»distruido antes de ayer,
»oí que en el socabon
»entonaba su cancion
»la voz de... aquella mujer.»
—Alucinacion mental—
dijo el médico.—«¡Misterio!»—
dijo el cura.—«Oiste mal»—
dijo Don Diego.—«No tal»—
dijo Fermin: y muy sério
dijo Don Blas: —«lo fatal
»es que en ningun cementerio
»tiene nicho sepulcral.»

A ésta observacion siniestra
que estremeció á los demás,
dijo el doctor: —«¿Quién demuestra
»que no es aberracion vuestra?»
y Fermin dijo: —«Es que hay más.»
—«¡Más!»— dijeron á la vez
todos: y echaron la mano
á su copa de Jerez,
el primero el escribano
y tras él todos.—«¡Pardiez!»

exclamó el médico, que era
un poco materialista,
y que fué en su edad primera
militar y calavera,
y muy bravo y muy bromista:

«¡Pardiez! ahoguemos en vino
toda la supersticion
que tenga en su corazon
cada cual, y nó de tino
nos saque una aberracion.»

»Fermin bien puede afirmar
que oyó su voz y en conciencia
creerlo: pero la ciencia
sabe que puede turbar
la pasion su inteligencia,
y curarle es mi deber,
si adolece.»—«Si, doctor:
dijo Fermin; si eso hacer
podeis, me hareis el mayor
bien: mas no vais á poder.»

—«Lo veremos; mas bebamos;
bebed, Fermin, tambien vos.»
Y dijo el cura: —«seamos
cristianos buenos, y oigamos
con fé en la ciencia y en Dios.»

Bebieron, pero discretos,
como quien muy sobre sí
quiere estar y los objetos
ver bien; y atentos y quietos
todos, Fermin habló así:

«Mi repentina partida
obedece á una razon,
que por la mia perdida
no puede ser comprendida,
mas sí por mi corazon.

Oid sin interrumpir.
Ya van dos noches que al ir
á acostarme, en cuanto dejo
la bujía ante el espejo,
aquel grande de vestir,
comienzo á oír su cantar,
y comienza á aparecer
poco á poco y á crecer
tras del cristal y saltar
fuera de él... una mujer.

¡Ella, sí! viene trayendo,
de su canto al triste són,
su relicario; y entiendo
que viene por él pidiendo
la Cruz de su redencion.
—¿Muerta ó viva?

No lo puedo
dudar: muerta. ¿Quién la evoca?
No lo sé: yo retrocedo
ante ella, y ella me toca
aquí el pecho con un dedo.

Le siento y me aterroriza:
que el cabello se me eriza
siento y que un frio glacial
la vida me paraliza,
y caigo en sopor letal.

No sé más; en mí al volver,
mientras que recobro el sér,
allá en el cerebro hueco
áun del cantar siento el eco,
mas no hallo ya á la mujer.»

Fermin calló, y cada cual
al caso aplicó el criterio
que tenia, bien ó mal.
«*Alucinacion mental*»—
repitió el doctor.—«*¡Misterio!*»—
repitió el cura.—«*¡Fatal
signo es,*» repitió muy sério
Don Blas, *ver el cementerio
sin su nicho sepulcral.*
Y quedó bajo el imperio
de la duda cuestion tal;
y ¿quién sabe en qué hemisferio
tendrá solucion final?



Trás el relato afflictivo,
por un intervalo corto
cada cual, nó sin motivo,
quedó mustio y pensativo
y de lo escuchado absorto.

Fermin, apenado y mudo,
de aquella consulta espera
contra pesar tan agudo
un consejo concienzudo,
un lenitivo cualquiera.

Don Diego permanecía
afligido y cabizbajo:
el ceño el doctor fruncia,
y su inquietud contenía
Don Blas con mucho trabajo.

El cura, cristiano viejo,
que cree en Dios á pies juntillas,
sobre aquello del espejo
á Dios le pide consejo
mirando al cielo á hurtadillas.

El doctor, interrumpiendo
de todos las reflexiones
y las suyas resumiendo,
dijo por fin, exponiendo
su opinion, estas razones:

»Por un repentino quiebro
»dado por el corazón,
»se ha efectuado en el cerebro
»sensible perturbacion.
»Hay una alucinacion
»que desde él á la retina
»pasa, y que la determina
»accion que del alma viene;
»mas para el alma no tiene
»remedios la medicina.

»Por esta noche, dormir;
»Don Gil y yo velaremos
»aquí; y mientras aquí estemos,
»la mujer no ha de venir.

»La decision de partir
»mañana, es buena: mudar
»lo más pronto de lugar;
»y pues *allá* está el deber...
»¡al mar!—porque esa mujer
»se ve que no pasa el mar.
 »Bebed y brindad, Fermin,
»por la de allá y por los hijos:
»si los pensamientos fijos
»teneis allá... aquí dió fin.
»Bebed un poco: el magin
»necesita algun vigor
»y el estómago calor
»contra la debilidad
»que exalta la idealidad;
»con que... ¡al mar el viejo amor!»

Así habló el doctor Eguía
y apuró la copa entera;
y mientras Fermin bebia
otra de añejo madera,
le miraba y sonreia;

y por su anterior monólogo,
se ve que era un buen fisiólogo
y hombre de mundo y de práctica:
mas el cura, que es buen teólogo,
le secundó con más táctica.

Fuése á Fermin y le dijo
con cariño: «Fermin hijo,
»el doctor dice muy bien:
»mas confia en Dios tambien,
»que es lo primero y lo fijo.

»Oye: pues *eso* que ves,
»*sér* ó vision, te le ofrece,
»que la tomes me parece
»su relicario y la dés
»tu cruz; mas bueno es que estés
»muy sobre tí; si es palpable
»realidad, ásela y que hable;
»si es fantasma, es imposible
»que pueda prenda tangible
»traerte un ente impalpable.

»Si es cierta la tradicion
»y es su alma, en cambiando prenda
»se irá: pero á que se venda
»fuérzala si no es vision.
»Realidad, pues, ó ilusion
»de extravío cerebral,
»ten fé y á su encuentro sal;
»porque diabólico ó santo,
»hay que romper el encanto
»de esa aparicion fatal.

»Vamos, Fermin, hijo mio:
»entra en tu aposento ahora
»y por un rato, una hora,
»busca un entretenimiento:
»no te acuestes al momento,
»lée... ó escribe á tu mujer
»frente al espejo: si el *sér*
»te se aparece, la puerta
»no cierres; desde aquí alerta
»nosotros... la hemos de ver.

»¿Te avienes á esto?

Fermin Me avengo.

El Cura Pues en Dios tu fé coloca.

¿Tienes tu cruz?

Fermin Sí la tengo,

El Cura ¿Dónde?

Fermin Aquí.

El Cura ¿Donde te toca
su dedo?

Fermin Sí.

El Cura Pues me atengo
á Dios y á la tradicion.

Fermin ¡Creeis que es...

El Cura Ten corazon:
aunque sea, en cuanto tienda
la mano, cambia de prenda:
fé rota, rota la union.»

Y mientras esto decia
y al cuarto á Fermin llevaba,
el doctor les escuchaba
y oyéndolos sonreia.
El médico en Dios creia
pero no en la tradicion;
y á que era alucinacion
y no vision atenido,
decia: «¡Bah!» una vez ido
él... ¿quién piensa en tal vision?

VI

Todo el que cree que un alma ha recibido
de un Sumo Creador de tierra y cielo,
y que algo espiritual desconocido
en torno bulle del terrestre suelo,
cuando le cuentan algo acontecido
de espiritual misterio bajo el velo,
aunque no pueda ser, siempre en él queda
un recelo interior de que ser pueda.

Y esto sentado, porque así lo siento
yo, que creo que mi alma de Dios tiene
algo que es de mi sér el fundamento,
y porque á mi relato así conviene
para la escena que trás esto viene,
sigo y voy adelante con mi cuento.

Es una hora despues: están... entrada
la noche, la familia recogida,
atizado el velon, la mesa alzada
mas de licor sin el mantel servida,
los cuatro en su redor de sobrecena,
la partida de béciga entablada
para pasar de espera la velada,
y en su cuarto Fermin: ésta es la escena.

Juegan y beben: mas en bien, sin vicio,
sin interés y sin esceso; tienen
del cuarto de Fermin mal en el quicio
encajada la puerta, y se mantienen
ojo avizor á él por el resquicio.

Escribe ante el espejo: de su pluma
sobre el papel se siente el ruido leve;
y adelanta la noche, y nada en suma
en lo interior de la mansion se mueve.

El tiempo al trascurrir da confianza
al que con miedo ó inquietud espera
algo que tarda en suceder; y crece
segun crece el retardo su esperanza;
y segun se retrasa, le parece
que el mal ó pesadumbre venidera
no ha de venir en pós de tal tardanza;
y se distrae al cabo, y es preciso
que le coja el suceso de improviso.

El de Fermin era algo misterioso
en verdad: y á pesar de la firmeza
del médico, del clérigo el reposo,
de Don Blas el buen juicio y de Don Diego
la calma, les bullia en la cabeza
la tal vision y les turbaba el juego;
porque al héroe más grande preocupa
andar con un espíritu á la grupa;
y aunque el suyo á leer no dá ninguno,
el pensamiento de los cuatro es uno.

Y hé aquí de cada cual el pensamiento:
si es alucinación, sólo es un cuento;

mas si es aparicion, es caso grave
el que espera Fermin en su aposento
y del que ellos están con ojo atento,
no muy tranquilos, por coger la clave:
y más que una imprevista pesadumbre
causa afan una larga incertidumbre.

El juego marcha, pues, muy distraido;
las copas no se apuran muy aprisa,
la plática no va muy de corrido,
y en carcajada sin parar la risa,
el movimiento es poco y poco el ruido.

Don Luis de cuando en cuando se chancea,
Don Juan alguna vez duda y medita,
Don Blas alguna vez falla y trampea,
Don Diego el ojo del reló no quita;
mas nadie hace el audaz, nadie alardea
con lo que á todos en secreto agita;
aunque esta agitacion, tal como sea,
cada momento más se debilita:
porque si por la casa se pasea
de noche algun fantasma que la habita,
esta noche que verle hay quien desea
ni una mosca en la casa se menea.

Algo empero en la atmósfera vagaba,
que alimentaba la inquietud oculta
que esquivo cada cual disimulaba:
algo que al pensamiento pone traba,
que su vuelo limita y dificulta
fijo en algo con faz de sombra inulta,
en ese algo que, si es, de ser no acaba.

.
.
De Fermin en el cuarto en tal instante
se percibió rumor de movimiento:
miran: se vá á acostar; quita su asiento
y la mesa en que ha escrito de delante
del espejo; en su sitio la coloca
sin nada al parecer que le impresione,
y á meterse en la cama se dispone.

Aquí cáuto el doctor junto á la boca
la mano en hueco para hablar se pone,
y dice en baja voz: «¿Veis como es obra
de su imaginacion? Sólo á la idea
de que estamos velándole, recobra
la razon que hace ya que no la vea.

Dejémosle... ¡Silencio!—Si se duerme
sin volverla á ver hoy... ¡fuera mañana
de Vidiago con él! y queda inerme
y sin poder sobre él su aprension vana.

No nos movamos, pues; ruido no hagamos
y dejémosle en paz que coja el sueño;
si duerme... aunque nosotros no durmamos,
de sí mañana que despierte dueño.»

Dijo el doctor, sentóse; y persuadidos
del que tiene razon, con mas sosiego
volvieron, siempre atentos los oidos,
las copas á llenar y á empezar juego.

Mas la baraja apenas en la mano
tomó el doctor y del licor Don Diego
un frasco, cuando un eco sobrehumano,

un ¡ay! de sentidísimo quejido,
un hondo y extrañísimo lamento
de un murmúrio melódico seguido,
se exhaló de Fermin del aposento:
y detrás de aquel ¡ay! que desgarraba,
el *cantar del romero* susurraba.

Los ojos dirigir desencajados
casi no osaban al resquicio abierto
para ver... y al mirar, paralizados
los cuatro se quedaron... ¡Era cierto!

Leve, cual si la tierra no tocara,
iba á través del aposento, y dando
la espalda á ellos y á Fermin la cara,
Mariposa á Fermin acorralando.
Era su aparición, visible, clara,
ó era ella misma su cancion cantando;
era la aparición de la leyenda,
que volvía insepulta por su prenda.

Ella su relicario le ofrecía
y á dó él lleva su Cruz tendia el dedo,
y trémulo Fermin retrocedía
ante aquella vision frio de miedo:
y ya cerca del pecho la sentía,
cuando oyó al cura, aunque lo dijo quedo,
«¡da y toma!»—á cuyo aviso, temerario
dió y tomó por la Cruz el relicario.

Al cambio... recobró por la pérdida
nueva vitalidad su carne humana:
la insepulta mujer volvió á la vida
y á su sér la amantísima aldeana:

tornó á su fresca juventud florida
y tornó á su hermosura soberana;
y haciéndolos de amor vivientes lazos,
al cuello de Fermin echó sus brazos.

Al contacto vital, móvil, latente
de su cuerpo, Fermin no pudo esquivo
permanecer, y con ardor vehemente
aquel cuerpo abrazó que sintió vivo.

«¡Vives!»—la preguntó cási demente
cambiando un beso, de los dos furtivo;
—«Nó»—dijo la mujer: muerta te espero;
«tú nuestras almas desligaste, y muero.»—

Y perdiendo sus miembros la firmeza,
volviendo á gravitar sobre sí misma,
dobló hácia trás su pálida cabeza;
de sus ojos un iris, cual de un prisma,
brotó irizando la sombría pieza
do nació y muere: y él á quien abisma
en la locura lo que vé, soltóla
y á sus piés la dejó tendida y sola.

Como en poder de voluntad ajena
que á su influjo las suyas encadena,
presenciaron los cuatro haciendo asombros
sin comprenderla bien, aquella escena;
hasta que al ver que suelta de los hombres
de él Mariposa ante sus pies caía
y él mal en la pared se mantenía,
venciendo su estupor, á él acudieron;
y antes de que Fermin en tierra diera
sin sentido, en los brazos le cogieron.

«¡Pronto, dijo el doctor, con él afuera! Que no la vea más: que en esta casa no vuelva en sí otra vez: en la litera metámosle, y á Andrin: que lo que pasa aquí no sepa nunca: así le haremos creer que todo ha sido una quimera.

—«¿Y ella?»—preguntó el cura:—«volveremos» dijo el doctor pulsando á Mariposa; y al percibir absorto sus extremos rígidos ya y helados, y su eterna y pronta rigidez cadaverosa, se preguntó á sí mismo «¿cómo y dónde pudo ser que hasta ahora se escondiera?»

Dijo el cura: «un misterio es lo que esconde esa carne mortal seca y terrosa.»— Mas el doctor alzándose responde: —«no perdamos el tiempo y divaguemos; con ésta no tenemos otra cosa que hacer más que enterrarla: despachemos, y de él, que puede enloquecer, cuidemos.»

A Fermin de la cámara sacaron, la echó la llave el médico por fuera y al cura se la dió. Se apresuraron á meter á Fermin en la litera y á la casa de Andrin se lo llevaron; sin que nadie del trance que pasaron en Vidiago ni Andrin se apercibiera.

Era ya media noche: no lucia ni una estrella; con nadie tropezaron; todo en tinieblas y en quietud yacía.

VII

CONCLUSION

Iba ya á amanecer: imperceptible
cási, un albor que aún no era luz, del monte
delineaba el perfil cási invisible
todavía en el cóncavo horizonte,
por encima del cual iba á la hora
á despuntar el sol trás de la aurora.

Nada aún en Vidiago se movía,
ni habia aún abierta una ventana;
ni un pájaro en el nido todavía
el polvo de sus plumas sacudia
ensayando el cantar de la mañana:
porque sin luz de sol no hay en Noviembre
ave que cante ni gañan que siembre.

A través de la sombra, que no era
ya negra sinó gris, mas que confusa
no deja bien la fôrma verdadera
de los objetos distinguir, acusa
de su paso el rumor marcha de gente,

que avanza por la oscura carretera
viniendo hácia el lugar rápidamente.

Son tres, andan aprisa y hablan poco;
pero algo alguna vez se les atrapa
de lo que dicen: uno que en la capa
se emboza mucho cuál si hiciera el coco,
decia: «y hoy nació si de esta escapa,
que temo aún que se nos vuelva loco»—
y dijo otro:—«si hoy mismo para Vigo
se vá, que Dios le salvará presumo»—
y el primero:—«eso dije, y ¡fuera! digo»—
y el tercero exclamó:—«sí, la del humo»
y en el lugar entrando, desde luego
echaron hácia casa de Don Diego:
y en tal plática, y tres, y allí... es bien llano,
son el cura, el doctor y el escribano.

La casa de Don Diego quedó abierta,
y con la prisa natural y empeño
de los criados en servir al dueño
en aquella ocasion, de ellos desierta:
nada más las mujeres, lo que pasa
sin comprender, quedaron en la casa.

Con qué, en ella al entrar, del edificio
los bajos y exterior, cuadra, cochera,
cuanto en las dependencias del servicio
por acudir la gente á la litera
descuidado quedó, los tres cuidaron

de volver á ordenarlo de tal modo,
que no quedara rastro ni resquicio
del cómo y del porqué la abandonaron
horas antes; y al órden vuelto todo,
la escasa y femenina servidumbre
que apareció sintiéndolos, mandaron
á emprender las faenas de costumbre;
y mientras esto á los tres entretenía,
alboreó, saltó el sol y fué de dia.

Entonces en silencio la escalera
subieron todos tres; y claro era
que lo que á aquella casa á hacer tornaban
ya acordado traian, de manera
que en lo que iban á hacer no vacilaban.
Pero al subir, en su aire y movimientos,
tardos estos y aquel algo abatido,
se leian sus tristes pensamientos,
recelos y tal vez presentimientos
por lo que en aquella casa sucedido.

Y á fé que trás la escena imaginaria,
fatídica, letal maravillosa
como accion de leyenda visionaria:
de aquella vuelta real y misteriosa
y aquel rápido fin de Mariposa,
vision primero torba y funeraria,
mujer viva y después fresca y hermosa,
no era en verdad apetecible cosa
el volver á la estancia solitaria

dó su cadáver sin guardian reposa:
mas del cura, el doctor y el escribano
era la obligacion, aunque enojosa,
la ley de oficio y el deber cristiano.

Creylene el cura, el médico curioso,
y un tanto el escribano receloso,
de la puerta al lindal del aposento
en que estuvo Fermin, con gesto grave
llegaron; y el doctor trás un momento
de espera al capellan pidió la llave.

Mientras en su ancho bolso la bustaba,
dijo Don Blas: «pues cosa un poco fuerte
va á ser.»—«¿El qué?»—«Legalizar su muerte
de cierto sin saber dónde moraba.»—

El doctor, que es sabido que picaba
de algo materialista y positivo,
le respondió—«¡bah, bah! lo que de cierto
hay que saber para enterrar á un muerto,
es que dejó de veras de estar vivo:
y esta yo la pulsé, y de que dió fondo
en el mar de la vida yo respondo,»—
y de manos tomándola del cura
vuelta á la llave dió en la cerradura.

Entraron: mas cerradas todavía
la maderas, la pieza estaba oscura;
el doctor del balcon la colgadura

corrió, le abrió y entró la luz del día,
y con ella en sus almas la pavora:
porque, muerto ni vivo, allí no había
nadie: estaba la cámara vacía,
y en lugar del cadáver solitario
que dejaron allí... su relicario.

¿Era verdad la tradicion?—;Quién sabe!
Eso dice el recuerdo legendario,
y de Dios en los juicios todo cabe.

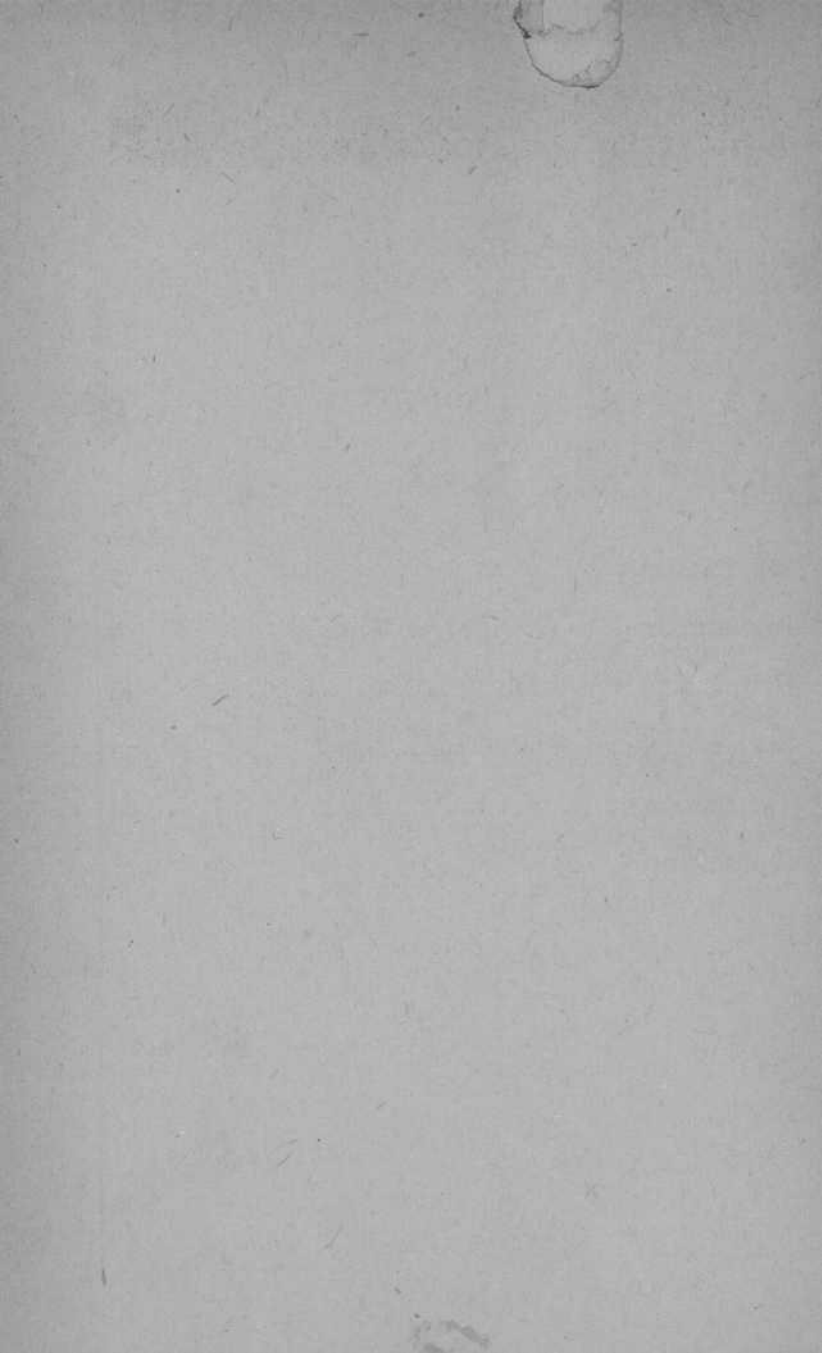
Vidiago 20 de Noviembre de 1882.

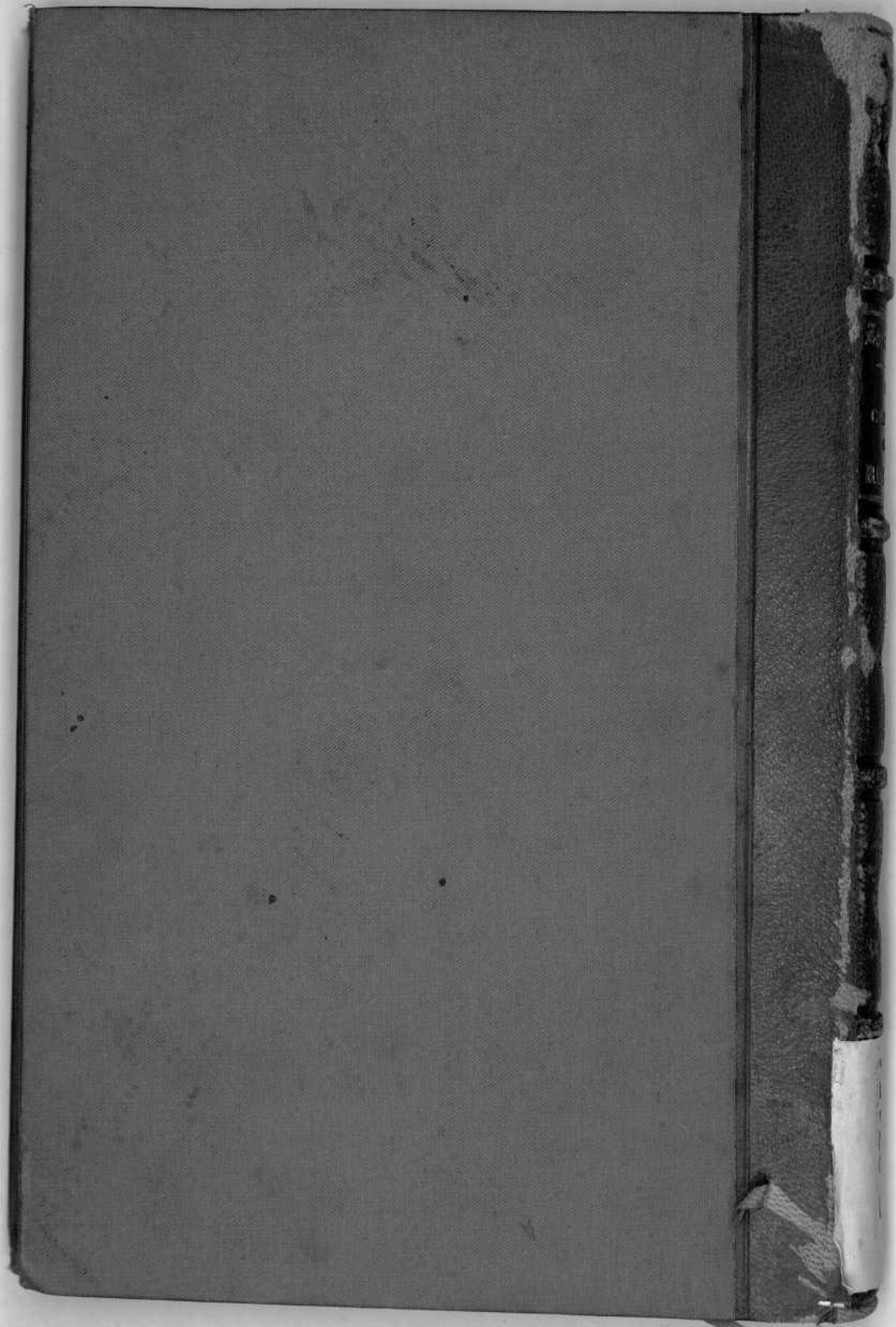




INDICE

	<u>Página</u>
*** (Prefacio)	7
Introduccion. — <i>El bufon de Vidiago.</i> . . .	19
Primera parte. — <i>Ida.</i>	39
Segunda parte. — <i>Mariposa.</i>	77
Tercera parte. — <i>Vuelta.</i>	129
Conclusion	171





NOVELLAS

NOVELLAS

EL
CANTAR
DEL
ROMERO

NOVELLAS

NOVELLAS

G 27154